

VALLE INCLÁN, REFUNDIDOR DE LAS *MEMORIAS AMABLES* DE JOSÉ ZORRILLA

Por Jorge Manrique

A José Luis Varela, que a tanto obliga a tantos.

Al plantear una lectura simultánea de José Zorrilla y de Ramón del Valle Inclán, “estoy tan lejos de los fetichistas como de los iconoclastas”¹. Para buen número de lectores aficionados y hasta de oficio, es innegable que Zorrilla no va mucho más allá de ser el aliviador vocero de la burguesía reaccionaria española de mediados del siglo XIX, melifluo autor de versos legendarios y de unos cuantos dramas históricos.² No sería ya poco que Zorrilla hubiese creado la pieza española de mayor resonancia mundial –*Don Juan Tenorio*–, el inmenso drama *Traidor, inconfeso y mártir*, a cuyo éxito dio la espalda pronto, y un buen caudal de versos memorables. Con todo, su producción trasciende en mucho la época romántica y alcanza colmadamente los años en que se plasma la renovación moderna del lenguaje literario.³ Zorrilla, en suma, tiene una singular relevancia en la configuración estética finisecular.

¹ J. Casares, *Crítica profana. Valle Inclán, ‘Azorín’, Ricardo León*, Madrid, I. Colonial de Estrada y Hnos., 1916, p. 14. La adhesión es al *dictum*, sin más.

² De ‘tradicionalista’, ‘oportunista’, ‘superficial’ y ‘sumiso al orden establecido’, lo califica V. Llorens, *El romanticismo español*, Madrid, F. J. March-Castalia, 1979, pp. 425, 436 y 431. No obstante, Zorrilla muestra “una conciencia cívica, poco estudiada hasta hoy, y que, relacionada con la que aparece en sus *Recuerdos...*, le otorgan un puesto entre los escritores del dolor de España”; de modo que, penetrando en su pensamiento, se ve que no es “tan conservador, por cierto como lo presentan quienes lo identifican con las leyendas” (R. Navas Ruiz, *El Romanticismo español*, Madrid, Cátedra, 1982, pp. 318 y 325). Al respecto, mi ponencia “El viaje singular de José Zorrilla: del legendario al esperpento” en *XI CILEC. Caminos, puertas y peajes: La construcción de Europa en la literatura y en los medios de comunicación social*, Università di Catania, 17 giugno 2010.

³ José Zorrilla y Moral nace en Valladolid el 21 de febrero de 1817 y muere en Madrid el 23 de enero de 1893. Puede verse mi artículo “Valle Inclán, industrioso lector de José Zorrilla”, *Hibris. Revista de Bibliofilia*, X, 55, en.-feb., 2010, pp. 20-45, con ilustraciones; aquí, revisado y ampliado.

Un caso especialmente intenso de su influjo en el modernismo español —nada o muy perfunctoriamente atendido, a lo que sé, por los investigadores— lo constituye Ramón del Valle Inclán. A dar su cuenta y razón, van dirigidas estas páginas. Gran parte de las referencias textuales de Zorrilla que utilice aquí pertenece —en su propia voz—, «más que a mis *Recuerdos del tiempo viejo*, a mis memorias póstumas»⁴. En verdad, ir y venir de esos *Recuerdos* de Zorrilla a la obra de Valle es un fascinante recorrido; su confín se sustenta en la desapasionada convicción de que “todo texto se construye como mosaico de citas, todo texto es absorción y transformación de otro texto”⁵. Salvo para quienes, quizá, estuvieren casados con su propio dictamen, destapar —*sine ira et studio*— que la obra de Valle se nutre, en buena porción, de la de Zorrilla no mengua en modo alguno su pluma descollante. Tampoco la han mermado otros contactos de Valle, reconocidos ya, con distintos escritores. Así y todo, descubrir sus vínculos con la obra total, no sólo donjuanesca, de Zorrilla es habérselas, de bien interiorizados que Valle los tiene, con una ardua tarea.⁶

Mi asedio a Valle nace de querer ganar su lira, no en una delirante gana de quebrarla. No pretendo dar una lista mecánica de deudas del genial gallego con el vallsolletano; sí, mostrar la comunión existente entre quien escribiría *Luces de bohemia* y el que había hecho *Don Juan Tenorio*. Entre ambos autores, la crítica no ha advertido apenas otros vínculos que los precedentes del drama de 1844, por lo común consabidos y, además, sujetos a estricta obediencia romántica. Un hecho éste que no puede dejar de sorprender, si se considera que, entre 1866 —cuando Valle ve la luz— y 1892 —cuando va a Méjico por primera vez—, Zorrilla sigue vivo, productivo e incluso ya reconocido como poeta nacional. Es más, al realizar Valle ese viaje mejicano, hacía una docena de años que Zorrilla había publicado buena parte de los recuerdos de su larga estancia en aquel país. Un periodo, pues, determinante en la “gestación intelectual”⁷ de Valle y sin posibilidad práctica de rehusar el empuje artístico de Zorrilla; máxime, teniendo en cuenta que, durante los años formativos de Valle, una larga

⁴ *Recuerdos del tiempo viejo*, Barcelona, Imprenta de los Sucesores de Ramírez y C^a, 1880, p. [218]. En adelante, salvo aviso, aliviaré de remisiones las citas de J. Zorrilla; en su literal traslado, las distingo entre comillas angulares, en cursiva o mediante sangrado.

⁵ J. Kristeva, *Semiótica I*, Madrid, Fundamentos, 1978, p. 190. Kristeva reconoce que M. Bajtin, substituyendo la noción de intersubjetividad por la de intertextualidad, fue el primero en introducir esta idea en la teoría literaria.

⁶ Con quienes han batido sus lazos donjuanescos, puede hacerse una lista numerosa. Destaco algunos: A. Zamora Vicente *Las sonatas de Valle Inclán*, Madrid, Gredos, 1955, pp. 30-36; G. Sobejano, “Don Juan en la literatura del XX (ensayo y novela)”, *Letras de la España Contemporánea. Homenaje a José Luis Varela*, Alcalá de Henares, C. E. Cervantinos, 1995, pp. 329-343 (ed., N. Salvador); J. L. Varela, “El anacronismo deliberado de Bradomín”, *Valle-Inclán y el Fin de Siglo. Congreso Internacional del 23-28 de octubre de 1995*, Santiago de Compostela, Servizo de Publicacións da Universidade, 1997, pp. 265-278 (eds., L. Iglesias Feijoo, M. Santos Zas, J. Serrano Alonso y A. de Juan Bolufer).

⁷ J. A. Hormigón, *Valle Inclán. Cronología. Escritos dispersos. Epistolario*, Madrid, Fundación Banco Exterior, 1987, p. 23. Revisa y amplía en Madrid, ADE, 2006-7, 3 vols.

serie de artículos de Zorrilla fueron apareciendo en el suplemento literario *Los Lunes*, a cuyas páginas todo el estudiantado consagraba entonces una atención entusiasta.⁸

El peso literario de Zorrilla venía siendo ineludible desde mucho antes de que el siglo XIX cumpliera su mitad. El *Tenorio*, singularmente, y otras de sus obras llegaron a incardinarse como un *habla* en las capas populares y también, de grado o no, en el mundillo intelectual. Por su parte, si hay algún rasgo vivo en el arte de Valle –afirma A. Zamora Vicente–, “rasgo que pueda definírnoslo rápida y ciertamente, es el culto a la literatización”⁹. Como buen modernista, don Ramón, impregnado de literatura, también ‘hablaba en libro’¹⁰. Por ende, es impensable que pudiera haber quedado fuera de un autor que impregnó toda una época; y menos, con la especial admiración que, desde muy temprana edad, tuvo por Zorrilla, al que llegó a conocer personalmente en la universidad compostelana. Valle, de once años, se había enfrentado con dureza al párroco de su pueblo natal en defensa de la representación de *El puñal del godo*, logrando que este drama de Zorrilla se escenificase al cabo en Vilanova de Arousa.

Este hecho, aun siendo circunstancial, enfila un horizonte del que Valle nunca se torció. Al margen de Zorrilla, se ha ido construyendo con Valle todo un legendario, en el que él mismo se empleó a fondo. Una vida y obra tan poliédricas llegan a ofuscar al más templado; y bien se sabe que ni la obnubilación ni las ideas heredadas son las mejores consejeras. Con Valle –al igual que con sus coetáneos–, se ha gastado mucha fuerza en adscripciones generacionales; es, por bien o por mal, una consecuencia del desenfoque que la corriente taxonómica posterior al Desastre

⁸ Declara Valle en su conversación con José López Pinillos ‘Parmeno’, revivida en *Heraldo de Madrid*, 15-03-1918: “Entonces leían con delectación *Los Lunes* de *El Imparcial* todos los estudiantes” (cit. D. Dougherty, *Un Valle Inclán olvidado: entrevistas y conferencias*, Madrid, Fundamentos, 1982, p. 93). En los artículos de Zorrilla, salta por doquier una innovadora musa estafalaria que afecta directamente a la genética del esperpento; de hecho, la escritura de Zorrilla muestra ya el esperpento en flor. El primero de los artículos publicados en el citado suplemento de *El Imparcial*, que dirigía José Ortega Munilla, apareció el 6 de octubre de 1879. En 1881, con significativas omisiones, salían en libro de la imprenta barcelonesa citada en la nota 4. En Madrid, la Tipografía Gutenberg añadía otro en 1882, a la par que el editor madrileño Eduardo Mengibar sumaba un tercero de *Hojas traspapeladas*. Por su parte, N. Alonso Cortés reunió los *Recuerdos del tiempo viejo* en el segundo de los dos volúmenes de *José Zorrilla. Obras Completas*, Valladolid, Santarén, 1943, II, 1729-2103; en adelante, I o II, más páginas. Otras ediciones, Madrid (1961), Barcelona (1996), México (1998) y Barcelona (2001). Con razón, de esta obra de Zorrilla, asegura A. Caballé (*Narcisos de tinta*, Málaga, Megazul, 1995, p. 155) que conforma “el texto autobiográfico más interesante de todo el siglo XIX”.

⁹ “Se trata de un hecho de claro abolengo modernista, expresado de mil modos [...] En sus años jóvenes, como componente de una actitud estética, la vida toda estaba enajenada, apoyada en sostenes de valor artístico [...] Y, sobre todo, Zorrilla y Espronceda. Incapaz de la desnuda expresión directa, el modernista ha de recurrir siempre a un modelo, a una muleta de prestigio” (en *La realidad esperpéntica (Aproximación a ‘Luces de bohemia’)*, Madrid, Gredos, 1988, pp. 65-66).

¹⁰ R. Darío, en el prólogo a *Iluminaciones en la sombra* de A. Sawa. A. Zamora Vicente recoge ya la expresión en *Asedio a ‘Luces de bohemia’*, Madrid, R. A. E., 1967, p. 91. Zamora insiste –por demás, creo– en seguir las huellas de Sawa y en poner “de relieve la radical veracidad” del texto (*ib.*, p. 141: contestación de R. Lapesa al discurso de Zamora).

colonial imprimió a la periodización de la literatura española. La obra de Valle, con todo, ha ido recibiendo un creciente caudal de miradas: desde incipientes aproximaciones de relieve escaso a estudios que, entre los años sesenta del siglo pasado y el tiempo actual, han ido desmenuzando su personalidad, sus recursos temáticos y estilísticos, sus contactos, su modernidad, su proyección y, en fin, su estética.¹¹

Con mi trabajo, persigo probar la pródiga filiación de Valle con Zorrilla.¹² Las primeras chispas de este aserto prendieron hipótesis cada vez más verosímiles hasta llegar, con sobrada garantía, a esta conclusión: la escritura de José Zorrilla constituye el más sólido basamento –el hipotexto– sobre el que se levanta la fabulosa columnata literaria de Ramón del Valle Inclán.¹³ En su tramo inicial, destaca ya un primer libro cuyo origen remite a su viaje mejicano de 1892.¹⁴ Un viaje capital porque –revela Valle– “México me abrió los ojos y me hizo poeta. Hasta entonces, yo no sabía qué rumbo tomar”. Sin embargo, explicar a continuación que decidió ir a aquel país “porque México se escribe con x”¹⁵ es una ocurrencia cuya aportación no provoca en el investigador más que el deseo de despejar la incógnita de una conducta. Habrá que entrar, pues, en esa ecuación personal.

A un mes de esas notas, Roberto Barrios lo entrevistaba en el Hotel Regis mejicano y Valle manifestaba que en “este país[,] encontré mi propia libertad de vocación”. Se explaya: “Mis padres allá en España querían que yo me recibiese de abogado, es decir, que yo terminase esa carrera espantosa a la cual no tenía ninguna inclinación[...] Pues bien, para no terminarla, me trasladé a México con el dinero que me

¹¹ Junto con los autores citados, un variado panorama crítico en J. P. Gabriele (ed), *Suma valleinclaniana*, Barcelona, Anthropos, 1992. Vid. J. y J. del Valle-Inclán Alsina, *Bibliografía de Don Ramón del Valle Inclán (1888-1936)*, Valencia, Pretextos, 1995. Inestimable, la labor de J. Serrano Alonso y A. de Juan Bolufer en *Bibliografía general de Ramón del Valle-Inclán*, Santiago de Compostela, USC, 1995, en “Bibliografía sobre Ramón del Valle-Inclán (1995-2000)”, *Anuario Valle-Inclán I, Anales de Literatura Española Contemporánea*, Boulder (Colorado), 26, 3, 2001, pp. 277-312, y en los sucesivos repertorios de *ALEC* hasta hoy (eds, M. Santos y L. González). También, M. Alberca y C. González, *Valle-Inclán. La fiebre del estilo*, Madrid, Espasa Calpe, 2002.

¹² Desmonto deliberadamente el conocido título de P. Salinas, “Valle-Inclán, hijo pródigo del 98”, *Literatura Española Siglo XX* [1949], Madrid, Alianza Editorial, 1972, pp. 86-114.

¹³ Con relación a la génesis del esperpento y, particularmente, a *Lucas de bohemia*, traté esta cuestión en “Los apuntes estrafalarios de Zorrilla”, *Actas del Congreso sobre José Zorrilla. Una nueva lectura. Valladolid, 18-21 de octubre de 1993*, Valladolid, Universidad de Valladolid-F. J. G., 1995, pp. 385-400 (eds., J. Blasco, R. de la Fuente y A. Mateos).

¹⁴ *Femeninas (Seis historias amorosas)*, Pontevedra, I. Andrés Landín, 1895. Contiene, entre otros, el relato *La niña Chole* (subtitulado *Del libro Impresiones de Tierra Caliente por Andrés Hidalgo*), que constituye la base de las primeras nueve secuencias de *Sonata de estío*. Las perspectivas temporales, de autor real y ficticio y las variaciones que Valle efectúa son de gran interés para lo que trato aquí. Valle afirma que, mientras escribe, tiene el libro del autor sobre su mesa. De este relato, vaciaré no poco en *Sonata de estío*; más adelante, volveré sobre ello.

¹⁵ A. Reyes, *Apuntes sobre Valle-Inclán*, (cit. L. M. Schneider, *Todo Valle-Inclán en México*, México, UNAM, 1992, p. 130). ¿Qué quiso decir exactamente Valle? “No lo sabemos”, reconoce E. S. Speratti Piñero (“Valle-Inclán y México”, *Historia Mexicana*, VIII, 1, jul.-sept., El Colegio de México, 1958, p. 60).

dieron para recibirme”¹⁶. Las anteriores explicaciones no son las únicas de por qué Valle resolvió irse a América. Hay un momento de la citada entrevista con ‘Parmeno’ en que éste, acercándose a un punto que el gallego parece considerar demasiado directo, lo espolea: “Y le conquistó el demonio de la literatura”. Valle, determinándose, replica: “¡No! ¡Qué había de conquistarme! ¡Si yo despreciaba la literatura con todo el vigor de mi espíritu!”. La declaración concluirá con una acobardada historia ratonera, a la que pronto suma otra barnizada de heroísmo y “de gran importancia romántica para un mozo de veinte años que pretendía bullir en una revolución”¹⁷.

Puede que haya que aceptarle a Valle esa u otras ‘flexiones del alma’¹⁸ y, al mismo tiempo, rechazarlas todas, porque él “nunca declara su secreto sentir”¹⁹. En 1966, José Emilio Pacheco afirmaba: “Hace falta un estudio sobre la ‘vida oculta’ de Valle-Inclán. Poco sabemos de sus años en México”²⁰. A su mejor dilucidación, han contribuido los referidos trabajos de Dougherty y Schneider, entre otros. A mi parecer, el imán más poderoso, tanto para su viaje como para su vocación literaria, le llega a Valle de su más vivo modelo: José Zorrilla. Si Valle va a Méjico, es, ante todo, en ansiosa búsqueda literaria de aquel viejo *trovador errante*. Claro que la ‘tierra caliente’ repercutió en la imaginación del autor de las *Sonatas*, pero de poco le hubiera valido un paisaje real, por sensual y protuberante que fuese, de no tenerlo contemplado, como buen modernista, en letra. No es una generalización; antes bien, se cumple en los detalles más concretos.

Entrevistado de nuevo en 1904, Valle reclama “hacer con la prosa lo que Zorrilla hizo con el verso: una artística ponderación de las palabras”. Y, desarrollando en qué consiste ese esmero y disertando sobre su riqueza léxica, concluye de consuno con otros entrevistados en que Zorrilla “es el poeta más grande” de España.²¹

¹⁶ R. Barrios, *Don Ramón María del Valle-Inclán en México en charla cordial y amena con el Marqués de Bradomín*, (cit. D. Dougherty, o. c. pp. 109-110). No fue, sin embargo, en Méjico donde se firmó por primera vez como Ramón del Valle Inclán sino en el cuento *El mendigo*, publicado en *Heraldo de Madrid* el 7-3-1891 (apud. J. A. Hormigón, o. c., p. 25).

¹⁷ Cit. D. Dougherty, o. c., pp. 93-95. En la historia ratonil, por cierto, Valle da entrada a un *gallopo*, “más humilde que un perro”, cuya mención en medio de una “soberbia treta” casa con aquel otro que –también entre *miedos caseros*– aparece en *Don Juan Tenorio* (v. 3346).

¹⁸ La expresión es de J. Camón Aznar (“Resumen del año artístico”, *ABC*, Madrid, 1-1-1958, 159): “Hoy la preocupación estética gira alrededor de expresar lo esencial de cada forma, desdeñando la sujeción literal al modelo y viendo su versión artística como campo de sugerencias para el espíritu... Y ello no deshumanizando el arte, sino al revés, adhiriéndolo con más íntima justeza a las flexiones del alma”.

¹⁹ M. Azaña, “El secreto sentir de Valle-Inclán”, *La Pluma*, 32, 1923, p. 84. En sus citadas apuntaciones, A. Reyes escribe que, “en los ‘esperpentos’ y creaciones últimas, hay un recuerdo, que va y viene, de las palabras mexicanas [...] Los que estamos en el secreto saboreamos y sonreímos” (o. c., p.132).

²⁰ *Junta de sombras. Valle-Inclán*, (cit. L. M. Schneider, o. c., p. 164). Entre los actuales reivindicadores de Zorrilla, hace al caso mencionar justamente a Pacheco, nuestro anteúltimo Premio Cervantes.

²¹ J. L. Pagano, «Vicente Blasco Ibáñez», *Al través de la España literaria*, Barcelona, Maucci, 1904, pp. 167-172; ambas declaraciones, apud J. Serrano Alonso, “La poética modernista de Valle-Inclán”, *Valle-Inclán y el Fin de Siglo. Actas*, o. c., pp. 77-81.

En 1910, en *El arte de escribir*, Valle vuelve a manifestar su admiración por las “construcciones” de Zorrilla. Por las mismas fechas, en *Semblanza de literatos españoles*, expresa sin rodeos su reconocimiento de la escritura del vallisoletano: “Podía descubrirse la virtud que poseía el artista de unir dos palabras convirtiéndolas en un nuevo valor estético”. Valle, en fin, ha puesto alto y claro el concepto que tiene de Zorrilla. La anterior cita se perfecciona con la siguiente confesión – valiosísima– a la que quisiera yo saber dar, más abajo, suficiente luz: “Cuando estuve en Méjico visité la hacienda de Zorrilla, en los Llanos de Apam, y revisé bastantes manuscritos del poeta”²².

Zorrilla, en efecto, vivió en esos parajes.²³ En aquellos apartados Llanos de Apam, tan lejos de España, Zorrilla dio un vuelco a su escritura y, algunos años más tarde, Valle iba a cogerle las vueltas al vallisoletano en el mismo remoto lugar. Zorrilla, tras la muerte de su padre en el otoño de 1849,²⁴ sufría una profunda crisis. Meses antes, en marzo, había estrenado su inmenso drama *Traidor, inconfeso y mártir* y no mucho después, en diciembre, iba a ser unánimemente elegido para ocupar uno de los sillones de la Real Academia Española.²⁵ En España y fuera, Zorrilla gozaba de la mayor celebridad. Y fue ni más ni menos que entonces cuando, hundido en una fortísima desolación, tomó una resolución extrema. Ya le habían asediado más de una vez ideas suicidas.²⁶ Al poco de morir su padre, se marchó de España, a París, donde la prestigiosa editorial Baudry le había publicado su obra conjunta hasta 1852. En esta nueva estancia parisina, profundamente abatido, la «turbia y cenagosa corriente» del Sena parecía susurrarle una llamada irresistible.

Con tan negro aleteo encima, Zorrilla decide arrinconar sus éxitos y desaparecer. Cruza a Inglaterra donde, acuciado por la necesidad y por la xenofobia de «aquella Babilonia londinense», el pertinaz reclamo de la muerte vuelve a insistirle junto al Támesis. Y, al fin, se lanzó, aunque a un agua más limpia. Mientras Pío IX

²² *La Nación*, Buenos Aires, 26-6-1910 y 3-7-1910; en A. C. Garat, “Valle-Inclán en la Argentina”, *Ramón M^a del Valle-Inclán (1866-1966). Estudios reunidos en conmemoración del centenario*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1967, pp. 89-111 y apéndices (*Introd.* R. Castagnino).

²³ Zorrilla vivió en Méjico desde 1855 a 1866, salvo una temporada cubana en 1858.

²⁴ El 16-X-1849; *vid. Partida de defunción de Don José Zorrilla Caballero*, en el tomo III, pp. 421-2 de N. Alonso Cortés, *Zorrilla. Su vida y sus obras*, Valladolid, I. Castellana, I, 1916, II, 1918 y III, 1920. En 1943, con el cincuentenario de la muerte de Zorrilla, la librería vallisoletana Santarén sacó una nueva edición, una reedición casi, que el Ayuntamiento de la ciudad supo entonces patrocinar también.

²⁵ El día 14. El sillón H asignado quedaría vacante al no tomar Zorrilla posesión. Él mismo se llama «primer ex-académico del mundo». En 1885, sería nombrado de nuevo y, esta vez sí, Zorrilla ocupará el sillón L. Su discurso de ingreso lo pronuncia –mejor, lo recita– el 31 de mayo. Su buen amigo el Marqués de Valmar se encargó de la contestación académica a tan melancólica autobiografía.

²⁶ En “Zorrilla, su ser y su hacer”, *Personajes vallisoletanos*, Valladolid, El Norte de Castilla, 1996, 16 págs., hice un recorrido biobibliográfico en el que toqué este punto.

está dando en Roma su bula *Ineffabilis Deus*²⁷, Zorrilla se embarca en el *Paraná* – un «buque negro, viejo, enorme y feo, como la ballena que se tragó a Jonás»– rumbo a Méjico. Desde que dejó España, la idea fija de «la nulificación»²⁸ lo domina. «Volví yo en 1854 la espalda a España, a Europa, a mis creencias y a mi poesía con el objeto, imposible de alcanzar, de huir y de librarme de mí mismo», reconocerá. En años avanzados, se le vendrán aquellos días decembrinos en los que, como un Don Juan que asistiera a su propio sepelio, se iba a Méjico sumido «en las tinieblas de la demencia, que son hermanas de las de la muerte». Y revela: «Me lloré envuelto en mi capotón de viaje, como si en él me llevaran amortajado a enterrarme vivo». Aquellas lejanas tierras le ofrecían una forma atemperada de suicidio: la muerte civil. Otra suerte le esperaba, porque el Nuevo Mundo obró una extraordinaria metamorfosis en Zorrilla.

El barco arriba a la isla de Saint Thomas en el día de Inocentes. Allí, el pasaje debía efectuar un trasbordo, pero tuvo que hacerlo en otro de esos «oasis del desierto del mar»: Jamaica. Transcurridas las fiestas de Reyes de 1855, desembarcan –ahora del buque *Withe*– en La Habana. Asombrado, el vate castellano contemplará «aquel mar turquí de las Antillas, fosforescente como una nube que relampaguea, e iluminado por una luna que parece una claraboya». España queda ya muy lejos y tanto o más, el poeta que escribió a la *luna de enero*²⁹. Son aquellas las mismas aguas que, «con rumbo a Veracruz», volverá Zorrilla a ver desde la popa del barco al doblar el Morro habanero,

dejando tras sí un penacho de humo en el viento y un largo rastro de espuma en el mar; y en el de las Antillas nos engolfamos, cercados y deslumbrados por la roja luz de incendio de un sol poniente, que parecía una aurora boreal.

Siente que allí «se respira con su caliente atmósfera el ambiente de la pereza, y se engendran en el corazón y en el espíritu el amor al ocio y el prurito de los deleites». De tanto estar encerrados en una nave, se llega harto y entumecido y, al desembarcar, «se gozan con ansia la luz, la anchura y la libertad». La gente nativa «tan provocativa y tan sin cuidados», las «mujeres de tan poca ropa vestidas y de tan

²⁷ El viernes 8 de diciembre de 1854. Por cierto, tras la proclama de la concepción inmaculada de María, la cuestión palpitante es el naturalismo.

²⁸ Con dramática oportunidad, Zorrilla da vida léxica a este vocablo (II, 1884). Su faceta de creador de palabras es de sumo interés; al respecto, véanse otros neologismos –propios o muy recientes– que usa en los textos dados aquí: *galopo*, *apercibir*, *materializar*, *turquí*, *sinvergüenza*, *electrizar*, *mohín*, *aplomo*, *cafetal*, *hurí*, *brutalidad*, *realismo*, *artístico*, *protagonista*, *petardo*, *gritería*, *asalariado*, *prácticamente*, *aterciopelado*, *insurrecto*, *edén*, *atracar*, *nipsis*, *losangear*, *caballerango*, *bagatela*, *Gachupia*, *arlequinesco*. Para la voz *esperpento*, mi *o. c.* en nota 13, p. 399.

²⁹ En I, 32a-34b; uno de sus primeros poemas, publicado en 1837. En la simbología romántica, la luna constituye un motivo característico. Sin excederse en su uso, también Zorrilla recurrió a él como expresión de la insuficiencia de las palabras. Con todo, en 1840 (*vid.* I, 373a-375b), ya lo trata –en contenido, métrica y léxico– con un estilo anticipatorio del de Rubén Darío.

poco pudor dotadas», la «exuberante naturaleza» de aquel paisaje, todo, en fin, «contamina al más puro, seduce al más casto, empereza al más activo y materializa al más espiritual». Allí, por vez primera, Zorrilla ve y admira el plátano, «de rápida y lujuriosa vegetación», experimenta el gusto azucarado del zapote, de la suavísima chirimoya, de la fragante piña; y allí –cuenta–

sesteé acunado por la brisa del mar en una hamaca de seda, oreado por los ondosos ramos de la palmera, arrullado por el trino del sinsonte y del salta pared [y] concluí de convencerme de que todo lo que ha hecho Dios es perfecto y maravilloso y cumple con el fin para que lo crió, y empecé a apercibirme de que sólo la raza humana es la que ni obedece ni honra a su Criador.

Bueno será retener el trino de las dos aves mencionadas: volverá a sonar con intensidad. Sin embargo, un paisaje tan balsámico no es capaz de suavizar la íntima desazón del poeta. Las pulsiones gemelas de vida y muerte desatan en Zorrilla ese angustioso conflicto del que han hablado, entre otros, Cardwell y Manrique.³⁰ Cualquier cosa que pudiera aportarle distracción o consuelo viene a insistir en su «pavorosa melancolía». Verbigracia, todo cuanto ve se le amarillea sin dilación de modo alucinante en aquella zona tropical de tan

exuberante vegetación; y aquel sol deslumbrador me parecía pajizo, y pajizo y amarillento aquel mar turquí, y aquellos verdes y perfumados platanos; y aquellas criollas, ricas de sangre y de vida, pasaban ante mi vista como las visiones amarillas y calenturientas del delirio de la fiebre.

La ardua lucha que Zorrilla sostuvo continuamente consigo mismo no resta un ápice de ironía a su mirada. Así, con perspicacia, observa «las reuniones de los metodistas, los anabaptistas, y de ocho o diez sectas» más que atienden «con ejemplar recogimiento las lucubraciones estrambóticas de sus fanáticos predicadores». Se va persuadiendo, al paso, «de que los católicos somos los que menos devoción y compostura guardamos»: le parece que fallan la *fe* y la *convicción*. Los claros ojos de Zorrilla, dados a la luz en la adusta aridez castellana, van a tener que aprender una mirada nueva para poder contar –con «matemática precisión»– todo cuanto surge ante ellos en el golfo de Veracruz, mientras una calma chicha retiene al *White*.

³⁰ R. A. Cardwell, “José Zorrilla y la visión especular de México: Recuperación del tiempo primero”, *José Zorrilla y Moral en el centenario de su muerte (1817-1893), Explicación de textos literarios, XXII-2*, California State University, 1993-94, pp. 29-42 (coord. P. Celma). Desde *El viaje circular de Don Juan Tenorio* (Ateneo, Valladolid, X, 1993), me he interesado en el asunto; la última vez, en “Sumario de un parricidio”, *Revista I. C. Abogados*, Valladolid, julio 2008, pp. 33-35. M. Horta, en *Don Ramón del Valle-Inclán en México* (cit. D. Dougherty, o. c., pp. 116-7), recogía en 1921 esta declaración: “Todos los autores –explica [Valle]– concibieron [sic] al Don Juan frente a los tres reactivos: La Mujer, El Amor y La Muerte. Yo puse a don Juan frente a la Mujer, la Muerte y el Paisaje”.

El agua tranquila y turquí del mar de las Antillas dejaba a la vista penetrar a gran profundidad en su seno, y a través de la gran masa de agua que alcanzaban a sondear nuestros ojos, veíamos cruzar los más vistosos y rápidos pescados, dejando tras sí una estela de fosforescentes chispas, que cortaban y enturbiaban otros que trazaban luminosos triángulos, círculos y losanges, que producían por la noche en el fondo del mar el efecto del reflejo de unos cohetes y fuegos pirotécnicos que en el aire se verificaran.

La múltiples peripecias que el viaje tuvo desde su partida de Southampton no caben aquí. Tampoco, todo lo que el asombro de Zorrilla capta en aquella segunda semana de 1855. «El espectáculo era maravilloso» –valora Zorrilla «a la mitad de una noche de plenilunio»–, aunque pronto iba a quedar horriblemente amargado por la amenaza de «una deforme cuadrilla de tiburones inmóviles bajo el inmóvil *Withe*». En medio de «aquella submarina representación de cuadros disolventes», Zorrilla suelta ante los pasajeros una grotesca ocurrencia; deja caer que ni la magnificencia de los faraones ni de la fiel Artemisa

supieron prepararse una tumba tan magnífica como la que nosotros tendríamos en el fresco seno de la tridentada Anfitrite, cuyos ondulantes brazos no nos librarían de ser voluptuosamente engullidos por esos pardos y panzudos súbditos de la mujer de Neptuno[;] cuánto más noble, más rápida y menos sensible sería esta muerte[;] porque después de digerido por estos guardias civiles de Neptuno, tengo yo para mí que la transformación sufrida por su digerida carne no la permitirá tornar a ser extraída y concentrada, ni por Liebig³¹, de la grosera pasta de la tiburónica, y Dios no admitiría en su presencia un alma humana envuelta en carne de tiburón.

Refiere Zorrilla que su esperpéntica ocurrencia, levantó las iras de unos alemanes surpersticiosos que, en tales circunstancias, parecían esperar otro tipo de consuelos escatológicos. El vallisoletano les dice, socarrón, que si creían que los tiburones andaban por allí para llevarlo a él a «que recitara las décimas de *Don Juan Tenorio*» en una velada. De tan insólito suceso, la pluma de Zorrilla va a crear un singular episodio protagonizado por «un negro colosal que de marinero venía en el *Withe*». Para disfrute general y «pa que lo vea este señó tan alegre»³² –dice el marinero señalando a un marsellés que le promete un par de monedas–, se ofrece a matar uno de aquellos temibles escualos. Y al instante,

³¹ En 1866, Justus von Liebig fundó la *Liebig Extract of Meat Company* en Fray Bentos (Uruguay).

³² II, 1898. No es raro que Zorrilla adecue la ortografía a la fonética de algunos personajes para realzar su verosimilitud. Más ejemplos: “Sí, dicen bien las gitanas de Triana que el diablo ez quien inventó loz espejos y que anda ziempre entre el azogue e zuz cristalez”; “sinvergüensa” (II, 1836, 2088). Hay en él un gusto especial por la lengua popular, coloquial y castiza; y no sólo en castellano. En Valle –*fablistán* de España para J. R. Jiménez–, también; y la ‘melena merovingia’ que se trajo de Méjico e incluso su característico ceceo son igualmente de pega.

el negro, pidiendo y tomando entre los dientes el cuchillo más largo y afilado que pareció, sin quitarse el pantalón de lienzo, única prenda que vestía, y diciendo: “denme algo que tirarles para que suban”, arrojó al agua dos sombreros de paja que le dimos; y cuando los tiburones salieron a la superficie, se echó al mar como si fuera a bañarse con sus amigos, y desapareció buzoando. Toda la tripulación se agolpó a los barandales del *Withe*, todos los tiburones se sumieron en busca del negro a quien sintieron caer[. U]na mancha de millones de burbujas rojas coloreó el agua lechosa del mar, profundamente tranquilo; borróla, dispersándola poco después, una masa parda, que del mar tras ella surgía: era un tiburón degollado por la garganta por el negro, que surgía al mismo tiempo que él, asiendo una de las cuerdas que los marineros junto a él lanzaron al ver aparecer su cabeza.³³

Un lector sutil de la obra de Valle no habrá pasado de largo por el texto de Zorrilla que acabo de trasladar. A buen seguro que, al leerlo, se ha activado la memoria de la secuencia octava de *Sonata de estío*.³⁴ Por facilitar, recojo a continuación la parte del pasaje valleincliniano que ahora importa.

El negro pareció dudar. Asomóse al barandal de estribor y observó un instante el fondo del mar donde temblaban amortiguadas las estrellas. Veíanse cruzar argentados y fantásticos peces que dejaban tras sí estela de fosforescentes chispas y desaparecían confundidos con los rieles de la luna: En la zona de sombra que sobre el azul de las olas proyectaba el costado de la fragata, esbozábese la informe mancha de una cuadrilla de tiburones[...] Los labios hidrópicos del negro esbozaron una sonrisa de ogro avaro y sensual: Seguidamente despojóse de la blusa, desvainó el cuchillo que llevaba en la cintura y [...] se encaramó sobre la borda. El agua del mar relucía aún en aquel torso desnudo que parecía de barnizado ébano. Inclínose el negrazo sondando con los ojos el abismo: Luego, cuando los tiburones salieron a la superficie, le vi erguirse negro y mitológico sobre el barandal que iluminaba la luna, y con los brazos extendidos echarse de cabeza y desaparecer buceando. Tripulación y pasajeros, cuantos se hallaban sobre cubierta, agolpáronse a la borda. Sumiéronse los tiburones en busca del negro, y todas las miradas quedaron fijas en un remolino que no tuvo tiempo a borrarse, porque casi incontinenti una mancha de espumas rojas coloreó el mar, y en medio de los hurras de la marinería y el vigoroso aplaudir de las manos coloradotas y plebeyas de los mercaderes, salió a flote la testa chata y lanuda del marinero que nadaba ayudándose de un solo brazo, mientras con el otro sostenía entre aguas un tiburón apresado por la garganta, donde traía hundido el cuchillo[...] Al mismo tiempo alguien tocó suavemente mi hombro. Volví la cabeza y halléme con la Niña Chole. Vagaba,

³³ Editados en partes –con capítulos, apéndices y *hojas traspapeladas*–, los *Recuerdos del tiempo viejo* incluyen el episodio en el capítulo quinto de la parte tercera (titulada *En el mar*, II, 1884-1900). Valle, al poco de llegar a Méjico en 1892, publicará *Bajo los trópicos*, uno de los pre-textos de *Sonata de estío*; su primera parte se titula *En el mar*. Para la organización interna de los *Recuerdos*, vid. F. Durán López, “Los *Recuerdos del tiempo viejo* de Zorrilla: autobiografía del hombre, memorias del poeta”, *Actas del Congreso sobre José Zorrilla, o. c.*, pp. 291-298.

³⁴ Citaré por la edición conjunta con *Sonata de primavera*, Madrid, Espasa-Calpe, 1988 (*introd.* P. Gimferrer). En adelante, de no hacer advertencia, los números que van entre paréntesis contiguos a las citas o al final de una serie de ellas remiten a su paginación.

cual siempre, por su labio inquietante sonrisa, y abría y cerraba velozmente una de sus manos, en cuya palma vi lucir varias monedas de oro. Rogóme con fanático misterio que la³⁵ dejase sitio, y [...] las arrojó lo más lejos que pudo (110-113).

Dada su incontrovertible relación, ambas citas deben ir codo a codo. Quizá se arguya, a la contra, que la imponente y desdeñosa presencia de Chole esparce en la *Sonata* una voluptuosidad de la que el relato de Zorrilla carece. Son distintos autores y diferentes tiempos; tan comprensible, pues, sería la ausencia en uno como su culminación en otro. Aun así, la sensual presencia de la criolla tampoco valdría para negar el influjo de base. Empero, sólo podrá tomarla por verdadera carencia quien haga una lectura lineal y muy somera de Zorrilla y pasando por alto el *modus operandi* de Valle. Si se ahonda en la escritura del vallisoletano, se verá que la dependencia del texto de Valle es mayor aún. Hay que tener presente que Zorrilla es un constructor laberíntico y que un cabal modernista es un prestidigitador nato. Véase de Zorrilla el fragmento de *El juramento de la mulata*³⁶ que aparece más abajo; la fina taracea ejecutada por Valle en la “historia de una criolla más bella que Atala” recibirá entonces una insospechada luz. Tal vez la de “la historia de otra Niña Chole” (107).³⁷

Una hermosísima criolla, de un poco más que mediana estatura, de busto y brazos esculturalmente modelados, ojos negros, luminosos y ricos de pestañas; de tez pálida y un si es no es esmaltada con ese tinte cobrizo con reflejos de oro que irradia la piel de algunas mujeres de los climas tropicales. Con aire señoril y desdeñoso, lujosamente vestida, caprichosamente peinada y ostentosamente cargada de anillos y pedrería[,] apoyaba en el rodapié, calzados de raso blanco, los dos pies más pequeños y provocativos[...] Era aquella una criatura de las que echa el Criador a la tierra para perdición o desesperación de algún hombre, para gala y asombro de algún país; pero era una belleza cuyo atractivo era todo material, y despertaba todas las sensaciones, todos los deseos, todos los apetitos de la pasión, pero hablaba poco al alma; electrizaba el sistema nervioso, pero no poetizaba el espíritu; no excitaba los sueños respetuosos, los delirios castos de un primero y juvenil amor, sino el ansia nerviosa, la rabia concupiscente de una pasión que no acepta obstáculos. El rojo encendido de sus sensuales labios, sobre los cuales pasaba de cuando en cuando su lengua fina, para librarlos de la sequedad[,] los dos hoyuelos que cavaba en sus mejillas, un mohín graciosísimo e indescriptible que hacía al sonreír[,] sus desnudos brazos, las curvas voluptuosas de sus formas ligeramente acusadas bajo sus ligeras vestiduras, y el aplomo con que se exponía a ver y a ser vista, sin miedo a la más insistente contemplación, ni a la inspección más minuciosa, persuadida sin duda de su perfecta y atractiva belleza[...] Era el ejemplar más castizo de esas seductoras y apasionadas hermo-

³⁵ Zorrilla es laísta también.

³⁶ II, 2077-2097.

³⁷ Para el continuo hacer y deshacer de Valle en su primera colección de relatos (entre los que está, como quedó dicho, *La niña Chole*), vid. X. Núñez Sabarís, *La novela corta en Valle-Inclán: Estudio textual de 'Femeninas'*, Santiago de Compostela, Universidade-Servizo de Publicacións, 2005.

suras cubanas³⁸ que han hecho perder, primero el juicio y después la ilusión, y alguna vez, al fin, la paciencia y los estribos, a muchos europeos que no han sabido resistirlas.

Cambiando cuanto se debe, *El juramento de la mulata* viene a ser, del revés, un *A buen juez, mejor testigo* puesto, en lugar de en la imperial Toledo, en un opulento cafetal. A decir del autor, «la de aquella criolla no pasaba de una historia vulgar», aunque «difícil de narrar y no muy fácil de ser comprendida», en torno a la que parece ser «la inconcebible conducta de Leandro Núñez de Valdenebro con su prometida la criolla y con su padre, cuando en su cafetal le hospedaron». La narración se enreda al resultar Don Leandro paisano de Zorrilla, de una familia que le trae recuerdos de la niñez y destinatario de un pliego de Cagigas³⁹. «¿Qué tenía para mí aquella hermosísima criolla?», se pregunta Zorrilla. «¿Era la simpatía en que empieza a germinar el cariño, que es el soplo que aventa la ceniza que cubre el incendio del amor?». Ante ese repentino eco de su *Tenorio*⁴⁰, Zorrilla se responde: «No; en aquella adorada Venus de Milo, la materia, la carne, palpitaba demasiado bajo su piel aterciopelada, y bajo sus formas demasiado redondas irradiaba un calor demasiado concupiscente». La pura verdad es que aquella

sin par y hermosísima criolla era una hurí de las que pobló Mahoma su paraíso de deleites carnales; y el amor no podía adorarla como ángel de luz, antes de hallársela entre los brazos del ángel caído por el pecado; aquella mujer no era más que pecado; vehemente, delicioso, irresistible, capital como el de Eva; pero un pecado sólo de la materia, y yo he pecado siempre con el espíritu; y sin duda, mi espíritu se rebelaba a no hallar en aquella mujer más que la materia, y luchaba por darla un espiritualismo, una importancia poética, que o no tenía ella, o escapaba al análisis poético de mi espíritu.

Con aires parnasianos y prerrafaelitas,⁴¹ la «desdeñosa criolla» de Zorrilla –«Olimpia»– se ajusta a las odaliscas del decadentismo. Pensando en la *Olympia* de Manet (1863), apenas le faltaría al retrato de Zorrilla sino la figura complementaria

³⁸ II, 2082 dice ‘cabanas’. Siempre que se originan confusiones, enmiendo la ortografía y la puntuación.

³⁹ Conteniendo «documentos y cuentas, tal vez de familia, acaso de negocios y quién sabe si de política». Zorrilla dedica bellas páginas a Cagigas. De su entierro, «el 25 de noviembre del 58», cuenta un «pormenor tristísimo: Cagigas usaba el pelo largo; al cerrar la caja, quedó fuera una guedeja de su cabello». Zorrilla se llevó de recuerdo el mechón y –literariamente– Valle, Baroja y otros, también; puede verse mi “Zorrilla, una túnica tejida toda desde arriba”, *Argaya*, Valladolid, marzo, 2007, pp. 47-53.

⁴⁰ Me refiero, claro, al ‘fuego germinador’ escalonado en los versos 1310-1313 del drama. *Don Juan Tenorio* bien podría tomarse como *pre*-texto de muchas otras obras de Zorrilla.

⁴¹ En 1867, por cierto, un gestor de la editorial Montaner y Simón acudió a Zorrilla para proponerle la traducción de *The Idylls of the King* de Alfred Tennyson, uno de los puntales del movimiento decadentista *Progress into the past*. En lugar de aquella obra –culminada en 1885–, Zorrilla publicó en 1868 *Ecos de las montañas*, con las ilustraciones de Gustave Doré.

de la criada morena. La tiene, y a los pies de la criolla: «Se llama María, pero la llamamos la Golondrina». A su vez, el tal Don Leandro –tanto por «la brutalidad y la hidalguía de que tiene fama el Núñez de Valdenebro» como por su probado carácter sentimental–, no anda falto de visos valleinclanianos *avant la lettre*. ¿A qué seguir –diría el propio Zorrilla–, si sólo se trata de «un caso y unas personas con quienes ningún lazo le unía» al lector y son apenas opiniones que no pasan «de extravagancia de poeta excéntrico y estrafalario»? Pero es preciso; va en ello llegar a las fuentes de la renovación del lenguaje poético y, si aquí no, al hontanar del esperpento literario.⁴²

Cerrando el relato, Zorrilla puntualiza que, al encontrar la esquila de Don Leandro «entre los legajos de papeles que conservo, me ocurrió la idea de escribir[lo], como fin de mis *Recuerdos del tiempo viejo*». Un broche de oro con el que el autor, aceptando que «hay hechos brutales que hay que revelar brutalmente», se zambulle en el lenguaje de un tiempo que ha dejado bien atrás lo romántico.⁴³ Tiene Zorrilla conciencia clara de estar escribiendo un artículo al que, a poca finura que se le quite, le cuadra el estilo de lo «que hoy se llaman obras literarias del realismo». Las reflexiones metaliterarias que este artículo incluye están, al paso, abriendo una ‘cuestión palpitante’ que consuena con la que «la inevitable Emilia» moldea por entonces.⁴⁴ Porque lo dice y porque lo evidencia, sabe Zorrilla que su pluma, de querer, incluso podría adoptar en bruto el énfasis realista del «género de Zola».

Colmando refinamiento y afectación, Valle acuñó una hermozada escritura. A través de unas ficticias memorias, crea un personaje –el Marqués de Bradomín– moldeado a la medida de un Don Juan modernista. La crítica se ha hecho solidaria al considerar las *Sonatas* de Valle como una revisión del mito de Don Juan; por ende, ha tenido que incidir casi sin remedio en el de Zorrilla y, a veces, hasta a regañadientes. Pero la crítica no ha dado con el sostenido influjo del Zorrilla pro-sista en la escritura de Valle. Y el caso es que el propio autor pautó en una “Nota” de sabor editorial el descifre de sus *Sonatas*: las páginas que la sigan “son un fragmento de las ‘Memorias Amables’, que ya muy viejo empezó a escribir en la emigración” su protagonista. La escueta didascalia contiene tres informaciones. Por la primera –ya referida–, el texto queda adscrito al género autobiográfico; la segunda,

⁴² Lo traté en *o. c.* en nota 13. En la amplia constelación léxica de lo grotesco que usa Zorrilla, se lleva la palma la voz *estrafalario*. Entrevistado Valle en La Habana (12-7-1921), declaraba: “Estoy iniciando un género nuevo, al que llamo *género estrafalario*” (*cit.* D. Dougherty, *o. c.*, p. 107; cursiva, mía).

⁴³ No tardando, iban a desencadenarse los conflictos que acabarían en el Desastre del 98. El grito independentista de la insurrección mambí aparece, por cierto, en este artículo de Zorrilla; plasma en él, de tres trazos, la situación política de Cuba en 1859: «los separatistas, los filibusteros, Cubita libre».

⁴⁴ E. Pardo Bazán, en *La cuestión palpitante* (1882-3), definía a Zorrilla “como el ruiseñor de nuestra aurora al par que el lucero melancólico de nuestro ocaso”. De cara a influencias literarias, Doña Emilia recalca que “hay que ser un ignorante para forjarse la ilusión de que decimos una sola palabra que nadie haya dicho. Hasta el plantar coles es imitar a alguien” (*cit.* por edición de J. M. González Herrán, Barcelona, Anthropos-USC, 1989, pp. 166 y 175).

identifica laudatoriamente al personaje con Don Juan; y la tercera, subiendo la intriga, puntualiza que este Don Juan –el “más admirable tal vez” entre todos– era “feo, católico y sentimental” (18).

Queda, por tanto, avisado el lector de que no va a seguir ni una cabal biografía ni las horas de declive del biografiado, sino los disgregados y afables recuerdos de quien, viejo ahora ya, había tenido una aurora triunfante. De la nota inicial de las *Sonatas*, depende en buena parte todo lo demás. Sólo se entrará en las vivencias complacientes del entonces seductor personaje durante su emigración golondrina. Bien mirado, Valle somete a examen el donjuanismo a partir de la nueva perspectiva que halla en el viejo Zorrilla prosista; ciega «el manantial amargo de la memoria» de Zorrilla y abre el caño placentero, del que también bebió él en Méjico. Silencia y dice Valle, deja y toma, a la manera del *leixaprén* en una cantiga d’amigo gallego-portuguesa. Poco antes de que Bradomín reciba un paternal abrazo del rey carlista, la Marquesa de Tor le va a advertir con mando: “¡Calla!... Eres el más admirable de los Don Juanes: Feo, católico y sentimental”⁴⁵. Y es que Bradomín no responde al patrón de un currutaco calavera *fin de siècle*; antes bien, semeja un audaz “aventurero de otros tiempos”, perdido “en la vastedad del viejo Imperio Azteca” (94).

El Marqués de Bradomín es, ciertamente, un personaje de otro tiempo. Pero, ¿de qué tiempo? Nota J. L. Varela que Bradomín se siente un romántico.⁴⁶ Las *Sonatas* se narran desde un enfoque que antecede en varias décadas a la fecha de su publicación; así y todo, más allá de coerciones temporales, interesa saber qué es lo que sigue bullendo de sus años de niñez y formación en el Bradomín adulto. Tres de las *Sonatas* se asientan en la tensión manriqueña de un tiempo que, aun estando ya caduco, se contempla en la espléndida plenitud de su vigor. En la de 1903, más que registrar una etapa temporal del personaje, Valle revive su propia fase formativa, atrayendo al suyo actual el recuerdo de otro tiempo si ya pasado, mejor.

Recordé lecturas casi olvidadas que, niño aún, me habían hecho soñar con aquella tierra hija del sol: Narraciones medio históricas, medio novelescas, en

⁴⁵ “Sonata de invierno”, *Sonata de otoño, Sonata de invierno*, Madrid, Espasa Calpe, 2007 (ed., L. Schiavo), p. 209. En Valle –como en Zorrilla–, ‘sentimental’ significa ‘insumiso respecto a ideas o formas dominantes’. Con todo, la lectura que Valle hace de Zorrilla no es pazguata; conlleva emulación y buena dosis de ironía. Las *Sonatas* –señala Schiavo– «son, a la vez, la suma y la burla de los tópicos finiseculares” (*ib.*, p. 10). De sus propias memorias, asegura Zorrilla que no van “a interesar más que a dos docenas de viejos como yo que a aquellos tiempos hayan, como yo, sobrevivido; y no va, por fin, a despertar en ellos más que un sentimiento ficticio, efímero, *artístico*, si se me permite la calificación, como el que nos inspira la acción de un drama sentimental mientras a la representación asistimos. Lo que va a seguir es una página de la leyenda de mi alma: soy yo en ella el protagonista» (II, 1823). Y de *Don Juan Tenorio*, afirma que «no me deja ni envejecer ni morir: [...] es el ser de mi ser» (II, 1804).

⁴⁶ “Con una elegancia anacrónica, Bradomín declara no pertenecer al tiempo decadente en que escribe. Se siente un romántico[...] Muchos recuerdos voluntarios de la literatura romántica, sobre todo Espronceda y Zorrilla, tienen un valor documental-ambiental, pero también la consecuencia estilística de alejarle teatralmente de la novela” (*o. c.*, p. 277).

que siempre se dibujaban hombres de tez cobriza [...] y mujeres como la Niña Chole, ardientes y morenas, símbolo de la pasión que dijo un cuitado poeta de estos tiempos (108).

En las fogosas cualidades atribuidas a Chole, rezuman versos de la rima XI becqueriana.⁴⁷ A fin de cuentas, el Marqués de Bradomín es lector. Litvak interpreta que las lecturas a las que alude Bradomín provienen de una literatura de viajes romántica, inspirada en remotos relatos fantásticos de la Edad Media y en otros que avivan las crónicas de la época de la conquista americana y de su colonización.⁴⁸ Sea porque el propio Valle lo declare o porque la pesquisa se lo descubra, sabido es que su técnica a menudo inserta textos de distintos escritores en los suyos.⁴⁹ Con plagios evidentes, sí, pero con mucho más de silentes homenajes internos, Valle es por todas un as del camuflage. Lo que quiero resaltar en la novela de 1903 es el uso perseverante, aunque tácito, que hace Valle de la obra de Zorrilla y recalcar que es en el telar literario de éste donde se sustenta la urdimbre de la brillante escritura del gallego.

No es discutible, pues los límites vienen dados, que el “tiempo de la fábula en *Sonata de estío* se sitúe entre 1839, año del Convenio de Vergara que trae como consecuencia la emigración de Bradomín a Londres desde donde embarca, y 1846, momento en que deja de ser Papa Gregorio XVI”. En cuanto a la composición de la sonata, sobran datos para fijarla “entre 1893, fecha de publicación del primer pretexto, y 1903, año de la primera edición de la obra”. Sin embargo, veo innecesario tener que trabar su escritura con la historia del colonialismo e imperialismo por el hecho de que, “cuando se redactaba lo gordo de la *Sonata*, España estaba perdiendo sus últimas colonias”⁵⁰. Creo más ajustado para su articulación tomar en cuenta los

⁴⁷ Una vez más, Valle usa intratextualmente un relato suyo: *Bajo los trópicos* (México, *El Universal*, 16-VI-1892). Ya en 1914, J. Casares le acusó de lo que veía como un “plagio en todo su esplendor” (*o. c.*, p. 101). Quizá Valle podría también haber respondido que “esas tonterías las hace cualquiera” (D. Dougherty, *o. c.*, p. 93). Y tal vez sí, ya entonces, se le hubiese preguntado a Valle —como a aquel ‘pariente’ (¿pariente?) suyo— “qué deseaba ser”, hubiese también contestado: “Yo, difunto”. Pero un difunto que, aun deformada la visión desde la otra ribera, ve con perspectiva.

⁴⁸ L. Litvak, *El sendero del tigre. Exotismo en la literatura española de finales del siglo XIX (1880-1913)*, Madrid, Taurus, 1986, p. 146.

⁴⁹ Entre otros, Chateaubriand, Casanova, Barbey d’Aureville, Gautier, Poe, Baudelaire, Dostoievski, Huysmans, Rossetti, Gourmont, Eça de Queiroz, D’Annunzio o Arniches. La “tendencia a valerse de diversos textos en la creación de los suyos es común en la obra de Valle-Inclán, prestándose, por consiguiente, a un acercamiento teórico intertextual”, recuerda L. González-del-Valle, “La cara de Dios, novela primeriza”, *Suma valleinclaniana*, *o. c.*, p. 460. Vid. A. Zamora Vicente, *Valle Inclán, novelista por entregas*, Madrid, Taurus, 1973. C. Dumas ha propuesto la novela inacabada *El ángel del porvenir*, del mejicano Justo Sierra, como texto inspirador de Valle (“Une source mexicaine de Valle-Inclán dans la *Sonata de estío*”, *Bulletin Hispanique*, LXVIII, Bordeaux, janv.-juin, 1966, pp. 309-322). Sierra fue hijo de J. Sierra O’Reilly (*cf.* nota 52).

⁵⁰ Los tres entrecomillados, en E. Lavaud-Fage, “*Sonatas* y viajes: la *Sonata de estío* y la otredad”, *Valle-Inclán (1898-1998): Escenarios. Seminario Internacional. nov.-dic. 1998*, Santiago de Compostela, USC, Servizo de Publicacións, 2000, p. 80 (*eds.* M. Santos, L. Iglesias, J. Serrano y A. de Juan).

recuerdos de Zorrilla, dentro del marco de los que atañen genéricamente al carlismo y de los que configuran la visión que el autor tiene de su padre, resuelto carlista y Superintendente General de la Policía con Calomarde.⁵¹ Por cierto, desde muy pronto, se dio una difícil y muy negativa relación entre padre e hijo, hasta el punto de que –confiesa éste– se hizo

desterrado voluntario de [España] en busca de una muerte que creí segura [en Méjico], encerrando en mi corazón hondos pesares, que aún me atormentan, y en mi cerebro amarguísimas memorias, que nunca se borrarán de la mía. ¡Cuántas veces [...] he pasado largas horas con los ojos arrasados de lágrimas, esperando que atravesase[...] el ángel silencioso de la muerte...

Los años que circunscriben *Sonata de estío* –1839 y 1846– se corresponden, en fechas y contenidos precisos, con momentos de singular memorización en Zorrilla. De la primera –y a dos días de la firma en Oñate del convenio de paz que Espartero y Maroto ratificaron con su abrazo en Vergara el 31 de agosto–, Zorrilla recuerda haber presentado en Madrid, con veintidós años, *Cada cual, con su razón*.⁵² Este drama –su primer éxito teatral y embrión del *Tenorio*– no deja fuera ni una lectura política en torno a la primera guerra carlista y al referido Convenio ni otra, más íntima y relativa al propio conflicto de Zorrilla, ajustada al rechazo de «ir a Oñate a hacer versos a Carlos V» con su progenitor. De otro lado, «1846»⁵³ es año determinante en Zorrilla debido a los acontecimientos anotados y, particularmente, a la muerte de su padre; a causa de ella –revela Zorrilla–, «vendí mi hacienda, y me volví a París, y me hice a la mar». Antes de dejar la capital francesa, su corazón tendría tiempo de retinglar de nuevo ante una joven escritora granadina –*Leila*–, cuyo nombre verdadero Zorrilla oculta en sus renglones.⁵⁴

⁵¹ Por negociar «con un personaje del carlismo», Zorrilla fue a Londres y dejó en París a una mujer a la que amaba «antes de salir de Europa [y] que debía de unir para siempre mi recuerdo al de su desventura» (II, 2021, 1879 y 1881). En obras representadas en el teatro de su colegio, «refundidas por los jesuitas[,] los amantes se transformaban en hermanos [produciendo] un galimatías de moralidad[. El] infante Don Carlos enviaba a sus hijos a nuestras aulas y[, a nuestra capilla], Gregorio XVI su bendición» (II, 1740). Vid. M. Santos Zas, *Tradicionalismo y literatura en Valle-Inclán (1889-1910)*, Boulder (Colorado), The Society of Spanish and Spanish-American Studies, 1993.

⁵² También en 1839, Zorrilla se casó el 22 de agosto con Florentina Matilde O'Reilly, de la que se pronto separaría. El 6 de octubre del mismo año nacía a una vida breve la hija de ambos. Puede verse mi edición de *Cada cual, con su razón*, Valladolid, FMC-Ayuntamiento de Valladolid, 1997.

⁵³ Alonso Cortés corrige la fecha en II, 2025; vid. nota 24. A efectos, pues, de lectores anteriores a esa publicación, 1846.

⁵⁴ Emilia Serrano, posteriormente, baronesa de Wilson. Lo descubrió Alonso Cortés y le dedicó el Apéndice XV en la citada edición de 1943. Vid. también J. Dowling, “El Canto a América de Emilia Serrano, Baronesa de Wilson”, *Hispanic Travel Literature*, Monographic Review, XII, 1996, pp. 73-83. El primer viaje a América de *Leila* tuvo quizá que ver con que Zorrilla estuviese allí. La noche del 28 de noviembre de 1854, en la estación de París, él se despedía de ella: en «sus brazos dormía un ser inocente nacido en el pecado» (II, 1882). En *Sonata de estío*, al ver de cerca que la Niña Chole tiene “la misma sonrisa de Lili” (99), a Bradomín le da un vuelco el corazón.

Justo en su umbral, *Sonata de estío* contiene un toque de atención respecto al tiempo fabulado: “Quería olvidar unos amores desgraciados, y pensé en recorrer el mundo en romántica peregrinación. ¡Aún suspiro al recordarlo!”. Más allá de cuestiones meramente espaciotemporales, el encuadre que Valle delinea en sus dos primeras secuencias obedece a razones psicoafectivas, ideológicas, estilísticas, estéticas y, en suma, de modelo:

Por aquellos días de peregrinación sentimental era yo joven y algo poeta, con ninguna experiencia y harta novelería en la cabeza. Creía de buena fe en muchas cosas que ahora pongo en duda [...] Sin ser un donjuanista, [...] dejándome llevar por un impulso romántico, fui a México[...] Embarqué en Londres, donde vivía emigrado desde la traición de Vergara. Los leales nunca reconocimos el Convenio. Hice el viaje a vela en una vieja fragata que después naufragó en las costas de Yucatán. [...] ¡Cuán diferente había sido mi primer viaje a bordo de un navío genovés⁵⁵! Ahora, por] no ver aquella taifa luterana, apenas asomaba sobre la cubierta. Solamente cuando el sol declinaba iba a sentarme en la popa, y allí, libre de importunos, pasábame las horas viendo borrar la estela de la fragata. El mar de las Antillas, con su trémulo seno de esmeralda donde penetraba la vista, me atraía, me fascinaba, como fascinan los ojos verdes de las hadas que habitan palacios de cristal en el fondo de los lagos (93-96).

Bradomín siempre tiene *in mente* el primer viaje y sonríe con el recuerdo lejano de haber llorado por muerto a su corazón. Los vaivenes de Valle por los textos reclamarán volver aquí; ahora, es preciso avanzar. El velamen de la fragata ha recibido una ventolina, a cuyo impulso consigue “dar fondo en aguas de Veracruz”. Al lado, ve Bradomín el castillo de Ulúa –cuya “sombra romántica” deja entrever *La torre de Fuensaldaña* del vallisoletano– y a lo lejos, Orizaba. Su “imaginación exaltada” de “español y caballero” siente que, por fin,

iba a desembarcar en aquella playa sagrada, siguiendo los impulsos de una vida errante, y al perderme, quizá para siempre, en la vastedad del viejo Imperio Azteca, sentía levantarse en mi alma de aventurero, de hidalgo y de cristiano, el rumor augusto de la Historia [...] Todo oscurece lentamente: Gime la brisa, ríela la luna, el cielo azul turquí se torna negro, de un negro solemne donde las estrellas adquieren una limpidez profunda (107-109).

Con el crepúsculo, el deseo de Chole se enciende en el Marqués, pero lo “aquilata y purifica, hasta convertirse en ansia vaga de amor ideal y poético”. Con certeza, es “la noche americana de los poetas” (109). Aunque Bradomín haga ver que querría perderse, sabe, con todo, muy bien dónde va y ansía llegar pronto. Su espera en la Villa Rica de la Veracruz va a durar “pocas horas”; las justas para poder “reunir una

⁵⁵ Tenorio llega de Génova, señala Buttarelli evocando el arranque profundo del drama de 1844 (v. 332) que analizo en “Esto no es un tenorio”, *Hibris. Revista de Bibliofilia*, IX, 50, mar.-abr., 2009, pp. 4-27.

escolta aquel mismo día y poner[se] en camino para las tierras que habían constituido [su] mayorazgo” (116). La desdeñosa criolla encontrada al poco de pisar tierra aparece de nuevo; los de su séquito, “criados indios, casi estoy por decir sus siervos, [la] llamaban dulcemente la Niña Chole” (98). Está ella ahora en el soleado patio de un parador de aire virreinal y a punto de partir también. Su sonrisa ya le había traído a Bradomín el recuerdo de un viejo amor, no sabe si amado o aborrecido: Lili.⁵⁶ Un impulso libertino va a desencadenarse en él: “Tengo el propósito de secuestrarla a usted”. Sin haber entonces cesado del todo en su esquividad, la

Niña Chole interrogó curiosa:

–¿Va usted muy lejos? ¿Acaso a Nueva Sigüenza?

–Voy a los Llanos de Tixul, que ignoro dónde están. Una herencia del tiempo de los virreyes (117).

El dominio al que va Bradomín es una hacienda charra con “el aspecto señorial y campesino que tienen en España las casas de los hidalgos” (166). Los investigadores, condescendiendo con lo que califican de disculpables errores toponímicos de Valle, vibran ante la que ven como geografía fantástica del escritor. Esos “llanos no existen”, se afirma. “Ignorancia perdonable”, se recalca a la par y eximiendo de cargas a Valle⁵⁷. Habrá también que disculpar aquí –por los aprietos que entraña– el que la crítica se haya quedado en explorar sólo una geografía real, sin sospechar siquiera que Valle se está fijando en paisajes y pasajes literarios: esos Llanos, con su heredad ‘del tiempo de los virreyes’ y todo, los vio Valle con nitidez en los extensos y fecundos *Recuerdos del tiempo viejo* de Zorrilla. A ellos –hacia esos allanados *Recuerdos*, fabuloso mayorazgo del Marqués y, estéticamente, de Valle–, se encamina Xavier de Bradomín.

En los dos tomos de la obra de Zorrilla referida, su creación literaria referida a Méjico rebasa ampliamente el medio millar de páginas. Entre las más destacables, están justamente las que dedica a recordar los Llanos de Apam. Llama la atención la manera que tiene Zorrilla de contar, cómo maneja técnicas en que se vislumbra un mágico realismo, su capacidad para adentrarse en su conciencia y en los detalles más oblicuos; y con ellos, en sucesos menudos o extraordinarios, deleznales o

⁵⁶ (99). Sin excluir la asociación de este nombre con la primera –en la tradición talmúdica– mujer de Adán, atrae su proximidad fonética con Leila (*vid.* nota 54). Como Don Juan que es, no falta en Bradomín la maldad diabólica. Hay veta en los nombres femeninos valleinclanescos: la madre de Bradomín es Soledad Agar; en el regazo de Nieves Agar, se dormía de niño. La “afición a dormirme en un regazo femenino la conservo todavía” (107).

⁵⁷ J. Alberich, “Ambigüedad y humorismo en las *Sonatas* de Valle-Inclán”, *HR*, 33, 1965, p. 364. *Vid.* William L. Fichter, “Sobre la génesis de la *Sonata de estío*”, *NRFH*, 7, 1953, p. 532. E. Lavaud-Fage (*o. c.*, p. 76) asevera: “Más de la mitad de los topónimos no son reales y esta elección por parte del autor de la *Sonata de estío* nos lleva a hablar de una geografía imprecisa y de un itinerario imposible de seguir”.

sublimes, acaecidos durante su estancia en las haciendas pulqueras que gobernaba José Adalid. Éste era primo y, también, consuegro de un buen conocido de Zorrilla, José Gómez de la Cortina. Durante un par de meses, el Conde de la Cortina había hospedado al vallisoletano en su casa de Tacubaya, en una habitación contigua a su biblioteca, «la más selecta de aquel país»⁵⁸. Admira Zorrilla la erudición del conde, su exquisito gusto, su inalterabilidad, su finura; era «un tratado de retórica encuadernado en su levita, siempre abrochada» y «uno de los mejores hablistas de nuestra época». Zorrilla, en fin, tenía al Conde de la Cortina por

el último ejemplar en el siglo XIX de aquellos grandes españoles del siglo XVI y XVII, rumboso hasta alumbrar en Venecia con una valiosa letra de cambio al embajador francés, que se inclinaba para buscar en el suelo una moneda de oro caída de la mesa.

Tan bien acompañado del Conde de la Cortina, Zorrilla fue a la hacienda de Adalid por la que llaman pomposamente «carretera de los llanos», pero que no era sino un «rastros que el lucrativo tráfico del pulque no había podido perder». Por el camino, se cruzan con los indios que, «siempre a pie», van y vienen de la capital. Un sofocante 18 de junio –recoge Zorrilla de su primera visita–, cuando el sol estaba casi en lo más alto,

Ilegamos a los linderos de la hacienda de los Reyes, a los cuales vimos salir a recibirnos sus dueños, sus hijos y sus convidados; las señoras, en dos carruajes, los hombres, jinetes en sus cenceños caballos y ataviados con todo el oro, la plata, la seda y el cuero guadamacilado de que se componen los trajes y arneses de los jinetes mejicanos [...] Dejábame yo arrastrar por aquella tromba, sin darme cuenta ni tener conciencia de mí mismo[;] doblamos un ángulo y pasamos un puente con una velocidad vertiginosa, y aún pensaba yo con asombro en aquel quiebro[,] cuando entramos en el patio de la casa al son de las campanas, al estallido de los cohetes y los petardos, de la gritería de los indios, los ladridos de los perros y los vivas de los criados y familiares.

La percepción de lo social es tal vez una de las facetas menos atendidas –y con más apriorismos– por quienes se han acercado al estudio de Zorrilla. Sin embargo, en toda su obra y, por lo que toca, en los *Recuerdos del tiempo viejo*, asalta al lector una y otra vez. Durante el tiempo que permaneció en Méjico y, concretamente, en las haciendas pulqueras, los ojos de Zorrilla no pueden dejar de observar la dura situación inmediata del indio y de establecer agudos parangones con la España real cuya memoria se llevó. Quede un botón de muestra aquí:

⁵⁸ El palacio de Tacubaya se levantó en el siglo XVI por el inquisidor apostólico Francisco de Bazán. Remodelado en el siglo XVIII, este monumento, conocido como la Casa de la Bola, pasó a ser Museo de Artes Decorativas.

Un propietario de una hacienda de los llanos de Apam era aún en 1855 lo que un señor feudal en la Edad Media; en sus tierras no había más derecho ni más jurisdicción que las suyas. Los ochocientos, mil, dos mil o más indios que en ella trabajaban no son ya esclavos; ya no se les azota, ni se les maltrata, ni el señor tiene el bárbaro derecho de hacerles morir bajo el peso de una excesiva faena; son ciudadanos libres de una República libre; no están vendidos ya, sino asalariados; pero el pobre será siempre y en todas partes víctima de las triquiñuelas de los legistas.

Recuerda Zorrilla cómo llegó a la Hacienda de los Reyes en un antiguo carruaje del que tiraban cinco caballos jóvenes; su «conductor y seis criados montados que nos escoltaban vestían sendas chaquetas y calzoneras de cuero y sombreaban sus rostros bajo los anchos jaranos». El coche cruza a galope la villa de Guadalupe, las lisas orillas areniscas de la laguna de Tezcoco, el llano con la pirámide de Cholula, los tepetales cuyo traqueteo aturde hasta Otumba. Fijándose en la sonora toponimia mejicana, Zorrilla hace notar que «los pueblos, los villorrios, las haciendas, las alquerías y hasta las ventas, están bautizados con el nombre y puestos bajo el patrocinio de un Santo: San José de Acolman, San Antonio de Ometusco, Santa María de los Hisaches». Zorrilla saca en claro que Méjico está siempre de fiesta o de celebración en un lugar u otro: corridas de toros, peleas de gallos, bailes por la noche. Y llega a la conclusión de que no hay «nada más franco, más bulliciosamente alegre ni más prácticamente republicano que estos bailes en una hacienda de los llanos de Apam».

En esa línea, Zorrilla traza un espléndido relato de las fiestas de San Juan de los Lagos, apiñadas de buhoneros, apuestas, danzas, misas y orgías. «Relato, no juzgo, ni filósofo, ni moralizo», puntualiza él. De esta feria sanjuanense, resuenan asimismo ecos en la de Grijalba de la *Sonata* valleinclanesca, que sobreabunda en cromatismo. Reclaman atención los párrafos que Zorrilla dedica a un rufianesco «hombre feo» y a la joven protegida —«apenas pasaba de los quince años»— que con él va: «la más preciosa sacerdotisa de Venus, la más seductora de las hijas del pecado, tentación viviente que había venido a aquella feria para servir de postre a Satanás, en aquella orgía, un gran racimo de almas». Como muestra de labrada descripción, recojo a renglón seguido el comienzo de la secuencia en que Zorrilla pincela su llegada a la feria.

Por un camino que costeara una loma rica de vegetación, que parecía cubierta con un mullido tapiz de hojas de todas las formas y de todos los verdes imaginables, desde la fina, estrecha, lustrosa y flexible del más menudo césped, hasta la más ancha, velluda y aterciopelada de la begonia más voluminosa, y desde el verde casi amarillo de la hoja del limonero hasta el verde casi negro del más umbroso moral, entramos en el valle pintoresco y llegamos al caserío desigual de la población que lleva el poético nombre de San Juan de los Lagos.

Los traslados a la hacienda de los Llanos de Apam –escribe Zorrilla– «fueron enredándose como las guindas». Durante sus idas y vueltas a la capital, a Tacubaya o a los Llanos, «los negocios políticos convirtieron el país en un volcán [...] y comenzaron los mejicanos a fusilarse en nombre de la Religión, de la libertad y de los fueros, como nosotros en la guerra de los siete años». El encono crece. Cuando Zorrilla pisó Méjico, mandaba el general Santa Anna. Ahora, después de la presidencia de Rómulo Díaz tras el pronunciamiento militar de Iguala, lo hace Comonfort; por breve tiempo, porque en 1858 intervendrá el general Zuloaga y, casi a la par, Juárez acaricia en Guanajuato su gobierno definitivo, mientras Francia muñe ya la entronización de Maximiliano. De aquellos días, Zorrilla recuerda que, en aquella hacienda, ocurrió «más de una vez tener a la mesa a la hora de cenar al general del Gobierno en la misma silla en que había almorzado el general insurrecto». Uno es Cobos; el mismo que lo esperó en la rebelde Orizaba para ir a la capital. Llegados ambos desde Orizaba a la hacienda, Cobos, tramando un ardid, pretende entrar en un cuarto: «Aquí hay una mujer[;] yo tendré algún día que escribir lo que aquí pase, y siempre habrá deshonra para alguien en mi relato», le dice Zorrilla impidiendo que franquee la puerta.

Sea o no, entonces se dan cita en Méjico sangre, honor y letras. El gabinete liberal de Comonfort estuvo integrado por no pocos intelectuales; de sus ministros, Zorrilla destaca a los escritores Manuel Payno y Guillermo Prieto que, junto a él, Patiño, Madrid, Cabañas, Carvajal, Joaquín Pesado, un viejo amigo vallisoletano reencontrado –Miguel de los Santos Álvarez– y otros, hacen una interesante tertulia en Tacubaya. Con todo, Zorrilla no deja de volver a su «selvática vida de los Llanos de Apam y a cazar ardillas en sus haciendas de Reyes y de Ometusco». Además de los políticos, otros asuntos no menos ardorosos bullían entonces en la apacible morada de José Adalid. Durante tres turbulentos años, aquellas tierras son, por donde se mire, un llano en llamas. El general Miramón llegará a bombardear Veracruz en la tercera semana de marzo de 1860; con ello, ‘el joven maccabeo’ está provocando su propio final y la llegada definitiva de Juárez al poder. En tanto, José Adalid sigue haciendo gala en su hacienda de arriesgadas confianzas políticas y personales. Por su parte, pronto se verá, allí encontró Zorrilla mucha *paz* para escribir.⁵⁹

Esta hacienda de San Ángel llevaba –puntualiza Zorrilla– «el nombre eúskaro de Goicoechea: casa de arriba. El viejo padre de la esposa de mi hospedador, que la adquirió por compra, se la dejó al morir a su hija» Concepción en 1847. La detallada descripción que Zorrilla hace de la casa, deja bien claro que la conoce al dedillo. De hecho –como declara–, estuvo instalado en la pieza donde ante-

⁵⁹ Entre otras páginas, *La flor de los recuerdos* (I), que incluye, por cierto, el estudio auroral de la literatura reciente mejicana.

riormente «solía retirarse a estudiar el padre de mi hospedadora», Francisco Sánchez de Tagle. El trato de Zorrilla con Concepción Sánchez de Tagle de Adalid acabó por convertirse en una apasionada relación amorosa. Afirma Alonso Cortés que Zorrilla “ni una sola vez alude a tales amores” en sus *Recuerdos del tiempo viejo*, llegando a interrumpir “el relato con unos intencionados puntos suspensivos”⁶⁰. La seguridad con que el primer biógrafo de Zorrilla lo dice es todo un testimonio; sin embargo, la secuencia IX de *Allende el mar*, no aduce, por vacía, nada de cara a aquel aserto y otras páginas del propio erudito vallisoletano permiten sacar en limpio la idea contraria.

Teniendo en cuenta que *aludir* significa ‘dar a entender alguna cosa o insinuarla’ y no sólo ‘hacer mención de alguien o algo’, bien puede afirmarse que Zorrilla sí alude a las relaciones amorosas que tuvieron Concepción Sánchez de Tagle y él. Y más que por los versos que le dedica bajo los nombres poéticos de *Luz*, *Rosa* o *Paz*, por otros momentos de escritura oblicua. Véase, a guisa de ejemplo, el comienzo del sexto de los apéndices que siguen a *Allende el mar*:

Aquí hay un caos en mis recuerdos, en el cual voy a meter por unos instantes una antorcha de blanca y perfumada luz. He dicho que me hospedaba en una hacienda cerca de la capital. Estaba ésta inmediata al pueblecito alegre de San Ángel.

Simbólicamente, esa *luz* blanca y perfumada ilumina a la dueña de la hacienda. Los elementos alusivos que Zorrilla dibuja no son escasos y suelen ir marcados de manera positiva, aunque los hay también tristes y, al fin, pesarosos. Todavía dos semanas de años después, Zorrilla recuerda con añoranza que la habitación que él ocupó en la hacienda tenía un balcón hacia poniente, sobre el jardín, «que era un balcón del Paraíso[...] Por encima de este edén[,] como el velo sutil y perfumado de la favorita de un sultán, alcanzaba yo a ver el agua inquieta de un arroyo saltador, en la cual lavaban las indias de Tlacopaque». El *jardín caprichoso* que traza Zorrilla, con su huerta de árboles frutales y bien cercado por una tapia,⁶¹ manifiesta ecos edénicos de *Gn 2*, 8-10:

⁶⁰ *O. c.* II, p. 235. Por su lado, J. Dowling subraya que Zorrilla “fue a residir con ella y su complaciente marido José Adalid en su hacienda de San Ángel en las afueras de la capital y en la Hacienda de los Reyes en los Llanos de Apam” (“José Zorrilla en el Parnaso mejicano”, *Actas IX Congreso de la AIH* (coord. S. Neumeister, 1986), Vervuert, Frankfurt am Main, 2, 1989, p. 529).

⁶¹ El jardín será también parte activa en las *Sonatas*. En la de 1902, el jardín tiene “esa vejez señorial y melancólica de los lugares por donde en otro tiempo pasó la vida amable de la galantería y del amor” (58) y caben también enlaces de Concha con Concepción e incluso con la *prima Gumis* de Zorrilla. En la de 1903, el “jardín estaba amurallado” (124); en la de 1904, Bradomín ve el jardín “umbrío y lleno de reposo señorial” (73); en la de 1905, dice que “salíme al huerto, y durante mucho tiempo pasé en la noche callada mi soledad y mis tristezas, bajo la luna” (168). Señala L. Litvak: “Reconoce Valle-Inclán la lectura del jardín como palimpsesto” (“El laberinto del amor y del pecado. El tema del jardín en la *Sonata de primavera* de Ramón del Valle-Inclán”, *Valle-Inclán y el Fin de Siglo*, o. c. p. 279).

El Señor Dios plantó un vergel en Edén, al oriente, para poner allí al hombre que había formado. El Señor Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles, hermosos de ver y buenos para comer; y además, en medio del vergel, el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal. El río que regaba el huerto salía de Edén.

Zorrilla describe el jardín al calor del primer libro veterotestamentario y en el marco del antiguo tópico del *hortus conclusus*. Si a los árboles y al agua saltarina, se les suma la presencia de leales y «pardos pajarillos» y el sonido de la música que hay en «los días de fiesta», el jardín literario de San Ángel trazado por Zorrilla revela los encendidos sentimientos que el autor tiene por entonces. Se diría que la soledad, que en contadas ocasiones abandonó a Zorrilla, había encontrado esta vez una rival más poderosa. Y así como, en algún momento, el vallisoletano recuerda intranquilo haber tenido «entonces fe en muchas cosas en que hoy ya no creo», un Bradomín nostálgico reconocerá de entrada que también, en su juventud, creía “de buena fe en muchas cosas que ahora pongo en duda” (93).⁶² En Méjico, tenía Zorrilla,

por la época que voy recordando, lo que he tenido siempre después: el vacío del corazón, ocasionado por la pérdida de lo único que había mantenido mi existencia y alimentado mi poesía, la fe; y extinguida ésta, ¿qué quedaba de mí, que no había tenido nunca nada más?

Si se quiere aquilatar la afectividad de Zorrilla entonces, hay que escrutar –Valle lo hace– su léxico y su intencionalidad más que sus declaraciones directas. Vale la pena el ejemplo que aparece en la cita de más abajo; en particular, atiéndase a la mención del pájaro ‘saltaparedes’. Además de designar una prolífica variedad ornitológica de la zona, de cuyo canto dice la creencia popular mejicana que pronostica visitas agradables, esa palabra tiene en español el sentido coloquial de ‘persona inmadura, traviesa y alocada’; una acepción, por cierto, ya documentada en 1499.⁶³

El sol poniente venía todas las tardes a teñir de púrpura la enguirnaldada vidriera de aquel balcón, y sus últimos rayos deslumbraban a la numerosa familia de arañas y alacranes que, invisibles, anidaban en la carcomida viguería y en los agrietados marcos del balcón y de la puerta. Pero contra estos insectos de incómoda vecindad, tenía yo allí unos amigos que me fueron siempre leales de generación en generación: una familia de *salta-pared*[...] La tercera generación había aprendido a volar viniendo a buscarlos entre mis libros y por encima de mis perchas, mientras yo trabajaba acodado en mi mesa sobre mis papeles. Nadie más que los desterrados y los poetas sabemos procurarnos y agradecer estas amistades

⁶² Inmediatamente antes, y en la misma página, el Marqués ha puesto un anclaje irónico con *Don Juan Tenorio* (vv. 3763-4): “... basta un punto de contrición al sentir cercana la vejez”.

⁶³ La *fábula* de Fernando de Rojas la pone en boca de Melibea, cuando rechaza las incitaciones que, respecto a Calisto, le hace Celestina: “¡Jesú! No oiga yo mentar más a ese loco saltaparedes” (*La Celestina*, acto IV). El primer formante, del lat. *salire* ‘saltar, cubrir’; relacionado con *salax* ‘lujurioso’.

El jardín de esta quinta había ya merecido el aprecio de visitantes anteriores. La escocesa y, adoptivamente, española Frances Erskine Inglis –más conocida como Marquesa de Calderón de la Barca a partir de 1876– cuenta en sus cartas familiares referidas a su viaje y estancia en Méjico (1839-1842) que, en tiempos de Francisco Sánchez de Tagle, el jardín de San Ángel era de estilo “inglés, pero más bien debería decirse veraniego de un sultán”⁶⁴. Respecto al contenido, apenas tienen que ver con Zorrilla, fuera de las mínimas afinidades que el propio marco impone. Es difícil pensar en que Zorrilla tuviera acceso a este libro, a su borrador o a algún copiadador de las cartas. Acaso, por la coincidencia de Zorrilla con su amigo escocés Agustín Aynslie en la Hacienda Goicoechea, donde tuvo a mano –según declara– una buena serie de interesantes lecturas raras o curiosas, pudieran establecerse otras hipótesis. Algunas cartas de la Marquesa aparecieron en la prensa mejicana antes de la llegada de Zorrilla y, por cierto, un buen conocido de éste, Payno, no se mostró muy propicio a ellas.

En todo caso, las páginas de Zorrilla están en la línea de cumbres de nuestra literatura y, por lo que se refiere a la deleitosa hacienda de San Ángel, se muestran además llenas de sensualidad, de simbolismo y de guiños. Para lo que aquí concierne, el buen lector que era Valle Inclán sí supo advertirlo; y parecería que al son del *Lascia la spina, cogli la rosa* con que Händel hizo triunfar el tiempo y la verdad. En encuadre, plan, temas y léxico, no se le pasaron por alto a Valle aquellos Llanos de Apam que Zorrilla había descubierto para la modernidad literaria española. Aunque parezcan ir sueltos, los breves relatos de los *Recuerdos del tiempo viejo* moldean laberínticas remisiones internas que les dotan de una fuerte cohesión. Por su quebrada pero bullente disposición, siguen hoy tanto o más vivos que cuando aparecieron. Fragmentos con los que Zorrilla construye no un hinchado autorretrato, sino los retazos de la vida, deshilachada y en extrema soledad, de un excéntrico personaje que se ve feo, que se declara católico y que es un sentimental.

Desde que tuve la desgracia de escribir mi *Don Juan Tenorio* y desde que hasta los Tenorios de taberna supieron de memoria y dirigieron a sus queridas la carta de Don Juan a mi Doña Inés, consideré completamente perdidos para mí los corazones de todas las mujeres[...] Hombre sencillo y de vulgarísimas costumbres, de pequeña estatura y exterior de solidez harto dudosa, tenía necesariamente que ser mal juzgado por las mujeres.

La indómita planicie mejicana nunca se ha dejado atrapar del todo en su representación. Sus límites, a veces confundidos con los de los magueyales, quedan en un espacio comprendido al este de Puebla, entre el norte de Tlaxcala, el del Estado

⁶⁴ *La vida en Méjico* [1ª ed., *Life in Méjico during a Residence of Two Years in That Country*, Boston, 1843 (pról. W. H. Prescott); 1ª ed. en español, Méjico, Vda. de Ch. Bouret, 1920, 2 vols.], Méjico, Libro Mex Editores, 1958, p. 249.

de Méjico y el sur de Querétaro e Hidalgo. Realmente, “con el nombre de los Llanos de Apam también se designa una amplia zona que abarca no sólo este distrito político, sino porciones importantes de dos estados circunvecinos: Tlaxcala y el Estado de México”⁶⁵. De otro modo, las lindes de los Llanos de Apam corresponden a cuatro haciendas pulqueras: Ocoteppec, San Juan de Ixtilmac, Soltepec y Mazaquiahuac. En la primavera de 1841, la referida Fanny Erskine Inglis –acompañando a su marido, Luis Calderón de la Barca, primer ministro plenipotenciario de España en Méjico– comentaba que un día entero “se nos fue en visitar la hacienda de Ometusco, situada en los Llanos de Apan, famosa por la excelencia de sus pulques y propiedad de la señora Adalid de Torres”⁶⁶.

Ya en el siglo XIX mejicano y entre quienes se han acercado –desde don Narciso– a esa etapa de Zorrilla, es común la inclusión de Ometusco en los Llanos. Las referencias a las distintas haciendas pulqueras no suelen abundar en precisión. Tampoco Valle, a la zaga de Zorrilla y no de una cartografía. En la filiación textual, bien se sabe, un error coincidente abre fundadas sospechas. Valle tropieza en el mismo tepetal en que había dado el vallisoletano. Concepción Sánchez de Tagle poseía, por lo menos, cuatro haciendas pulqueras. De un modo u otro, la observación de Fanny Erskine Inglis era muy cierta: “Casi es imposible concebir soledad más completa que la de residir en una de estas haciendas, situadas en las grandes llanuras de Otumba y Apan”⁶⁷. El pueblecito de Ometusco, no demasiado lejos de la capital federal, queda en la demarcación de Otumba y sus límites “eran: al oriente, la hacienda de San Juan Ayahualulco; al sur, la hacienda de Sopayuca, Alta y Xala; al poniente, Nopaltepec y San Felipe, y al norte, Tepeyahualco y Santa Inés”⁶⁸. A ojo de Zorrilla, la hacienda de Ometusco fue «uno de los más apreciados» bienes de la familia Adalid-Tagle.

Por su propio apellido y por su matrimonio con Adalid, Concepción Sánchez de Tagle tuvo peso en el palacio imperial de Chapultepec; llegó a ser dama de honor de la emperatriz Carlota e incluso a recibir de manos de Maximiliano la Orden Imperial

⁶⁵ M. Ramírez Rancaño, *Ignacio Torres Adalid y la industria pulquera*, México, UNAM-Plaza y Valdés, 2000, p. 68.

⁶⁶ *O. c.*, p. 247. El nombre de los Llanos de Apam tuvo para los mejicanos del siglo XIX una especial atracción; hasta el punto de que se usaba frecuentemente al referirse a cualquiera de las llanuras pulqueras, aun sin pertenecer a Apam. *Vid.* V. Guedea, *La insurgencia en el Departamento del Norte. Los Llanos de Apan y la Sierra de Puebla, 1810-1816*, México, UNAM, 1996. Apunta A. García Cubas, en 1861, que forman “los Llanos de Apam la municipalidades de Otumba, Ajapusco y Calpulalpan del Distrito de Texcoco, las de Apam y Tepeapulco del de Tulancingo y una parte del partido de Tlalco en el territorio de Tlaxcala”. Y añade: “Los caminos principales que atraviesan por los Llanos, son el que conduce de Apam a México, y el que va de Apam a Tulancingo [...] Existen otros de menos importancia, que comunican a las haciendas y pueblos de los Llanos” (*Memoria para servir a la carta general de la República Mexicana*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003, [pp. 23 y 24]).

⁶⁷ *O. c.*, p. 247.

⁶⁸ M. Ramírez Rancaño, *o. c.*, p. 35.

de San Carlos el 1 de enero 1865. Todo apunta a que su valimiento contribuyó para que el emperador nombrara a Zorrilla su lector y director del Teatro Nacional mejicano.⁶⁹ Así como las fechas de los matrimonios de los otros hermanos Sánchez de Tagle se conocen, del de Concepción con José Adalid –casado anteriormente con la Marquesa de Aguayo–, no y su vida permanece en penumbra. De 1856, sin embargo, es el poema titulado *A Paz. En sus bodas*, que Zorrilla le dedica. Dos años después, llamándola «Paz mía», le envía otro desde Cuba –ese «kiosco delicioso»– que es «un recuerdo melancólico: una memoria triste de los días bellos».

Por entonces –dice Zorrilla–, «fueron días y vinieron días, y fui intimando con la familia del Conde de la Cortina, y casóse su primogénito con la hija mayor de su primo el hacendado de los Llanos de Apam». Desde Cuba, Cagigas le había puesto a Zorrilla, por algunos trabajos, un pequeño sueldo mensual; con aquel dinero, había tomado un servidor, comprado un par de caballos y aceptado

la hospitalidad de las haciendas, y me fui a la de los Llanos[;] y allí, atracándome de soledad, y de viento, y de sol, y de polvo, y de tórtolas[,] y sin tener, en fin, conciencia de mí mismo, y sin saber lo que hacía ni lo que buscaba[,] pasé... no quiero calcular cuánto tiempo. Y fui y volví mil veces de la capital a las haciendas, y de las haciendas a la capital, con pena del honrado y pundonoroso Manuel Madrid, que creía aquella vida indigna de un hombre de juicio.

No obstante, Zorrilla sí podía echar cuentas del tiempo que pasó en ellas; en otros momentos, por lo menos, declara sin titubeo que «pasé yo cuatro años largos [y] una existencia ahitada de deleites de Capua» en las haciendas de los Adalid-Tagle. Desde las azoteas de *La Haciendita*, como «los vecinos del inmediato pueblo de San Ángel» la llamaban, podía incluso divisarse en lontananza

todo el encantador panorama del Valle de Méjico, cuya capital, de blanco y rojo case-río, dentellado de agudos campanarios, se destacaba sobre el fondo azulado de las ca-torze leguas de agua de las lagunas de Chalco y Tezcoco, como las ciudades de marfil que labran los chinos en esas maravillosas cajas, en las cuales nos envían los comer-ciantes de Cantón un abanico de sándalo o un pañuelo de nipsis de inconcebible labor.

Al lector, le queda la impresión de que Zorrilla sólo hubiera querido contemplar en Méjico «la luz, la vida, la hermosura, la fecundidad, la poesía, en fin, de la crea-ción»; que sólo hubiera querido fijarse en lo más amable del paisaje mejicano, cual si examinase «un valioso chal de Cachemira». Es como si no hubiera mirado

⁶⁹ «Un día me dijo una dama de la emperatriz que el emperador deseaba hablar conmigo [y] Maximiliano me nombró director del Teatro Nacional de Méjico y del particular de su palacio» (II, 1977-8). Otra vez, éste le declaró que «le habían hablado no muy bien de mí y habiéndome propuesto *si quería confesarme con él*, dijele que sí; y tales preguntas me hizo y tales respuestas le di que ni le quedó nada por saber ni a mí que revelarle. Rióse mucho y asombróse no poco de lo por mí con él confesado» (*ib.*, 1979).

más que sus nunca marchitos paisajes, sus nunca turbias lagunas, sus siempre floridas campiñas, sus productivas haciendas tapizadas de dulces cañas, abanicadas por ondulantes platanares, arrulladas por maizales sonoros y rayadas por las losangeadas melgas de los magueyales, como la piel de los tigres y de las cebras.⁷⁰

Visto así, es claro que todo aquel embeleso terrenal invitaba a quedarse. «Una hacienda de pulque es lo que hay que tener en el universo», exclama Zorrilla admirando el ámbito cerrado y autosuficiente de la que habita ahora. Los terrenos de los magueyes, al pie, podían verse sin confin en toda su geométrica perfección. A Zorrilla le arroba la contemplación de esos extraordinarios magueyales, que

son una inmensa plantación de gigantes agaves (pitas) que, colocadas de un modo especial en interminables melgas, cuyas líneas rectas se cruzan en ángulos agudos, losangean la tierra con sus líneas eternamente verdes.

También se complace en la «prosa positiva» de los tinacales, las caballerizas, el establo, los gallineros, las trojes... Reflejan un modo de vida que, al no depender casi de afuera y siendo tan fiestero, le atrae poderosamente. Con sincero aprecio y apenas un adarme de ironía, Zorrilla proclama que «Méjico es un país alegrísimo, en el que hay que andar siempre en movimiento, ya en son de fiesta o en priesa de fuga, según el tiempo y las circunstancias lo requieran». En este punto, parece que el fluir de su pensamiento va a dar en narrar cómo es una fiesta mejicana en una hacienda. Su pluma, empero, tomará otro rumbo: «Dejémosla, pues, para otro día, y detengámonos en la estéril llanura que rodea la población de San Juan de Teotihuacán, dos leguas más acá de Otumba». Con los imprevisibles zigzagueos de su memoria, Zorrilla acaba por llevar al lector hasta ese arrabal «donde hacía alto y mudaba tiros la familia que me hospedaba en la haciendita de Goicoechea, cuando iba desde ella a la de los Llanos de Apam». Y es que la familia Adalid, para sus desplazamientos, situaba

en cada posta todos los caballos de silla necesarios para los criados y jinetes [...] y pasada una posta salían sueltos y pastoreados por los caballerangos los tiros que hasta allí nos habían conducido [...] como una banda de búfalos salvajes. Si⁷¹ un coche hubiera volcado, si un jinete hubiera caído, todos aquellos cuadrúpedos le hubieran pasado por encima; pero creo que teníamos [...] una sección de la Provi-

⁷⁰ En el envío de la primera entrega de *El drama del alma. Algo sobre México y Maximiliano* (Burgos, I. Arnáiz, 1867) a Pedro Antonio de Alarcón (I, 1994). Este poemario evidencia, una vez más, que Zorrilla “revivió, más intensamente que sus contemporáneos, la tensión entre el peso de la tradición española y los impulsos creativos de la lírica moderna” (L. Romero Tobar, “Zorrilla y las fiestas del Imperio Mejicano”, *Explicación de textos, o. c.* p. 55). El envío y el *Comentario del loco* del poemario son, a mi parecer, un eslabón necesario en la cadena genética del esperpentismo.

⁷¹ Corrijo II, 2050, que dice ‘Ni’.

dencia, destinada por Dios a conducirnos sanos y salvos a los Llanos de Apam; y este dios era, sin duda, el de los enamorados.

Los engarces de *Sonata de estío* con Zorrilla han ido en aumento desde que quedó arriba aplazada en su secuencia décima. Retómese aquí en aquel mismo tramo. De él, a renglón seguido, traslado otro fragmento conexo (117-118) y, extractadas en nota nada marginal, algunas frases de las subsiguientes secuencias, que hablan por sí solas.⁷² La luz que proyecten en conjunto será, si cabe, mayor aún.

En aquel momento el caballero vino a decirle que habían ensillado y que la gente estaba dispuesta a ponerse en camino si tal era su voluntad. Al oírle, la Niña Chole me miró intensamente y muda[...]

—¿Dónde haremos la parada?

—En el convento de San Juan de Tegusco.

—¿Llegaremos de noche?

—Llegaremos al levantarse la luna.

—Pues advierte a la gente de montar luego, luego.

El caballero obedeció. La Niña Chole me pareció que apenas podía disimular una sonrisa[...]

—¿Pero acaso tiene dispuesta su gente?

—Como yo esté dispuesto, basta.

—Vea que camino a reunirme con mi marido.

El aire donjuanesco que desprende toda la *Sonata* se intensifica en la parada que la Niña Chole y Bradomín realizan en ese convento de las Comendadoras Santiaguistas. De hecho, es ahí en donde la crítica ha reconocido algún influjo de Zorrilla; palmario e ineludible, a tenor de la definición del Marqués de Bradomín, desde el pórtico mismo de las *Sonatas*, como un Don Juan. Así y todo, las referencias suelen poner el ojo en el donjuanesco, dejando la bala para *Don Juan Tenorio*. A Zorrilla, como

⁷² En la secuencia 11ª, Chole y Bradomín llegan al convento de las Comendadoras Santiaguistas. La donada, al enterarse de que es un hombre de gran linaje el que ha llegado al convento, prevé la alegría de la abadesa, que “también es muy española”. En la secuencia 12ª, la abadesa se manifiesta muy contenta viendo al nieto del ya fallecido Marqués, al que conoció de niña e, incluso de sus andanzas mejicanas, recuerda bien. Por su parte, Bradomín, para encubrir a Chole, inventa “toda una leyenda de amor, caballeresca y romántica”, que conmueve a la monja hasta saltársele las lágrimas. También Chole llora y la abadesa la lleva al jardín para que se serene “respirando la brisa nocturna”. “Allí nos dejó solos”, recuerda Bradomín mientras Chole va a quedarse pensando en que ha “cometido un sacrilegio”. En la secuencia 13ª, el acompasado son de las espuelas de Bradomín despierta “un eco sacrilego y marcial” en la paz del convento. La “celda nupcial”, con “una reja abierta sobre el jardín”, permanece bien cerrada. En la secuencia 14ª, Bradomín, mientras Chole duerme, le da su “primer beso de esposo” y ella, despertando súbita, dice con sofocada voz: “¡Qué terrible venganza tomará don Diego! Bradomín siente entonces “un fiero desdén lleno de injurias altaneras” y sonríe, mientras se queda “apoyado en la reja contemplando el jardín susurrante y oscuro”. Al doblar de pronto la campana, Chole musita: “¡Alguien se halla en trance de muerte!”; Bradomín le dice amorosamente: “¡Acaso sea yo!”. Al cesar el toque de agonía y “juzgando propicio el instante”, besa a una Chole ya entregada del todo. Poco antes, la campana de avisar a las monjas para que fuesen al coro a cantar los salmos penitenciales, “dobló a muerto”.

mucho, se le mete en el mismo saco con otros autores. A toda luz, no sería exacto ni justo tachar a Valle aquí de plagiarlo al uso. En cualquier caso, ante la siempre tan terca realidad, se puede echar mano de deconstrucciones o de intertextualidades. Y no faltará razón. Lo que sobra es una tonalidad –o un aura, si se quiere– con más de rigidez que de rigor, desairada y desabrida, que no hace más que restar objetividad y un tanto de valía a quienes hacen de menos la escritura de Zorrilla porque sí.

Entre quienes tratan esta cuestión donjuanesca no es raro advertir que se acercan a Zorrilla al conjuro brusco y hasta vergonzante de unas bien marcadas distancias –más, por doctrina– con él. Al leer J. Ortega y Gasset la *Sonata de estío* y tildarla de amanerada, no pudo menos que aceptar –Zorrilla al fondo– que ese “placer de unir palabras nuevamente o de una nueva guisa [conllevaba] una renovación del léxico castellano y una valoración precisa de los vocablos”. Cara al programa estético-político de Ortega, afanarse en *bernardinas* era un trabajo, “en lugar de utilísimo, perjudicial”⁷³. Cabría aquí traer a colación a Zorrilla consignando prerrubianamente que, «a los comentarios e interpretaciones del vulgo desocupado y murmurador, jamás los he tenido en cuenta». En verdad, sería una demasía; en cambio, no lo es recordar que él siempre dio «a las cosas de la vida una vuelta, para ver en ellas no más que la cara de la risa».⁷⁴ En Valle, aquel afán censurado por Ortega surgía del rechazo “ante el fracaso de una literatura de regeneración y de protesta”⁷⁵; era el grito escéptico y melancólico –apurado en el “¡Viva la bagatela!”– de quien no aspira “a enseñar, sino a divertir”⁷⁶.

En resumidas cuentas, los *Recuerdos del tiempo viejo*, las «amarguísimas memorias» de Zorrilla, son el estímulo inmediato y el principal dechado de *Sonata de estío*. En el verano de 1866, el famoso autor de *Don Juan Tenorio* volvía a España (a «Gachupia», diría él) tras más de once años de peregrinación; solo, cansado, pobre y casi en total olvido. Traía una mirada nueva, como de *resucitado*, con la que poder continuar enfrentándose a los molinos de la mala fe, la sinrazón y la necesidad. Sus años de triunfo se habían eclipsado. Para ir en España tirando, trocó

⁷³ “La *Sonata de estío*, de Don Ramón del Valle-Inclán” [1904], *Obras completas*, Madrid, Santillana-Fundación J. O. y G., 2004, I, pp. 25 y 28. Imbuido de sociologismo, a Ortega le parece en 1921 que los rasgos del *Tenorio* de Zorrilla “sólo pueden complacer a la plebe suburbana” (*Introducción a un “Don Juan”*, *ib.*, 2006, VI, p. 188). En 1935, en *La estrangulación de “Don Juan”*, Ortega cambiará su punto de vista (*ib.*, 2006, V, pp. 379-386).

⁷⁴ En I, 1422 y en *Correspondencia a J. M. Torres-Cañedo* (I, 1443). La «reacción que dicen que conviene» no le va a Zorrilla: «la sociedad quien pueda regenerar» (*Vigilias del estío*, I, 758).

⁷⁵ Pablo Cabañas, “¡Viva la bagatela! (Examen de una expresión noventayochista)”, *Actas del III Congreso de la A. I. H.*, México, El Colegio de México, 1968, p. 162.

⁷⁶ *Sonata de invierno*, *o. c.*, p. 207. Valle –fuera de que Azorín le disputase la prioridad– lo repite en la escena séptima de *Luces de bohemia*. Tal vez no haya que recurrir a L. Sterne y su “vive l’amour! et vive la bagatelle!”. Ya en el *Quijote* (II, LXII) aparece como título libresco. En el habla de Zorrilla, *bagatela* alterna con *fruslería* y *friolera*; por caso, en cercano entorno, en 1843 (*El caballo del rey Don Sancho*: «Todo eso es bagatela», *esc.* I, 4, 302) y en 1855 (*Digresión loca de un poeta cuerdo*: «En lugar de morir de parálisis [...] o de otras semejantes bagatelas / se mueren nuestros héroes de tisis», I, 1575b).

su antigua lira de trovador errante por una innovadora musa de estilo «arlequinesco»,⁷⁷ que es –en su propia voz– «tan descosido, tan ilógico, tan destartado y fantástico como mi vieja poesía; pero acaso más útil, más trascendental y más de mi tiempo». Vez tras vez, entre 1879 y 1880, fue sacando sus «estrafalarias elucubraciones» en el periódico de Eduardo Gasset. En esas notas, Zorrilla, persuadido de que «valen más que aquellos versos míos del tiempo viejo», arrojaba el «papelucho mal zurcido» de sus recuerdos náufragos.

Con ellos, confiaba Zorrilla en que «otro escritor de más conciencia y de mayor saber» pudiera dar «una broma pesada al universo». Anduvo Valle listo e, industrioso lector decadentista, recogió el mensaje del náufrago y lo reescribió en unas *memorias amables*⁷⁸: una explicación de los momentos dichosos que flotan –pues «nuestra memoria es un mar»– junto a aquellos recuerdos que tanto atormentaron a Zorrilla. Bebiendo de él a grandes tragos, Valle se constituye en su moderno antólogo; sólo que, para descubrirlo, hay que llegar hasta la orilla del vallisoletano y escuchar, sin prevenciones, su tersa voz. Valle es, sí, un lector admirable de Zorrilla. ¡El más admirable tal vez! Con buen arte, superando un modo mecánico de leer, ha engrandecido la lectura. Valle refunde una escritura del tiempo viejo y la entrega en el nuevo disfrazada adrede con anacronismos y erradas atribuciones, pero acompañada de un mapa léxico y eidético que posibilita que Zorrilla sea reconocido.

Encastillado en su divisa –“Desdeñar a los demás y no amarse a sí mismo”–, hay en Valle un jactancioso reto a descubrir lo que oculta. En su autobiografía ficticia de 1903, la identificación de Valle con Bradomín está dada casi al pie de la letra respecto al comienzo de la sonata del mismo año; no es baladí que pusiera por remate unos

⁷⁷ En el texto que *El Liberal* sacó el 1 de enero de 1893 para saludar al nuevo año; cito, de mi biblioteca particular, por el borrador autógrafo de Zorrilla.

⁷⁸ Como colofón de la nota 72, asiento otros engarces zorrillescos de la *Sonata de estío* (secuencias 23ª a última). Como si fuera el ‘ave vengadora’ luisiana, el *sinsonte* “prorrumpió en gorjeos” (151); la Niña Chole, también. Habían empezado “aquellas famosas ferias de Grijalba” y, en pleno llano mejicano, rasguea “la blanca luna de la Alpujarra” (156). Desde una loma, galopa un jinete; parece Diego Bermúdez. Chole –porque la justicia no va contra Don Juan– suplica: “¡Su vida, no!”. Ante el marido, a Bradomín le punza el arrepentimiento. “La Niña Chole, por hija y por esposa, pertenece al fiero mexicano” que se la lleva. Bradomín queda “desengañado para siempre del amor y del mundo” (160). Ve “a lo lejos el verdeante lago de Tixul” (161) y Bradomín, con un alma que “empieza a suspirar románticamente”, pregunta a su guía indio: “¿Qué distancia hay a la Hacienda de Tixul?”. Y sin descansar, aunque queden dos horas de camino, ordena: “Que ensillen” (165). Ya en sus antiguos dominios, ve la “casa, mandada edificar por un virrey”; a la puerta, “un tropel de jinetes” plateados sale a recibir a Bradomín (166). Sentado ya en la sala, habla con Brión, “un antiguo soldado de Don Carlos, emigrado después de la traición de Vergara” (167). Un tiroteo despierta a Bradomín, que pregunta a Brión –caviloso y «manoseando la barba» (169) como un capitán moro a las puertas de Granada– quién ha matado al rufián que se llevó a la criolla. Otra vez juntos Bradomín y Chole. A su habitación, llega del jardín el “mensaje romántico que le daban las rosas al deshojarse”. En el pasillo, “el reloj de cuco, que acordaba el tiempo de los virreyes, dio las doce” (171). Sólo le quedaba a Bradomín enseñarle a Chole el glorioso y supremo deleite de la reconciliación.

declaratorios versos del drama *Traidor, inconfeso y mártir*.⁷⁹ Zorrilla extravenó su vida en su literatura y Valle –que no es un hijo pródigo– recoge esa sangre aún caliente, la mezcla y la enriquece, hasta hacerla casi irreconocible de viva que la deja. Con todo, la impronta de Zorrilla queda indeleble y bien clara resplandece en las señales que, como en los versos que siguen, pone Valle una y otra vez:

¡La pita! ¡Verde que en cadmio quiebra
 con un remedo de la culebra!
 Zumo de pita. Pulque. Placeres
 de Baco y celo por las mujeres.
 Melancolía de aquellos llanos
 de Apán. Jinetes. Áureos jaranos.
 Melancolía del indio. Pena
 de los que arrastran una cadena.
 ¡La pulquería! Lento guijarro.
 Bailes lascivos. Reto de un charro.
 (Pulque: Brebaje de gusto adusto
 que el indio encuentra muy de su gusto).⁸⁰

Acierta ‘Azorín’ –sabiendo más de lo que dice– cuando escribe que “todo el movimiento de la lírica novísima tiene parte de su origen en las filigranas de factura de Valle”.⁸¹ En pleno sentido, las *Sonatas* son antológicas, la cima de nuestra prosa modernista. La cuestión que puse sobre el tapete es si a ella llegó Valle por generación espontánea o, más bien, aupado en aquella poderosa razón que Cervantes dio por boca de Basilio: “¡No milagro, milagro, sino industria, industria!”. Y entiendo que Valle logra alcanzar la cumbre –el propio Marqués de Bradomín despeja, finalmente, la incógnita– “porque tengo amado a los clásicos casi tanto como a las muje-

⁷⁹ “Juventud militante. Autobiografía”, *Alma española* (27-XII-1903), I, 8, p. 7. Los versos de Zorrilla que acomoda Valle dicen exactamente: «Después... Abrid, Santillana,/ un paréntesis aquí,/ y poned en él de mí/ cuanto mal os diere en gana» (II, 1553a).

⁸⁰ Valle deja este balbuceo, con el que arranca su etapa puramente esperpéntica, en la *Clave lírica XVII, VII*, de *La pipa de kif* [1919]; cito, actualizando la ortografía, por *Obras completas de Don Ramón del Valle Inclán*, Madrid, Rivadeneyra, 1944, I, p. 1964. Esta tabla, realmente encañamada, de *La tienda del herbolario* deja ver bien por sus rendijas que Valle esperpéntiza parnasianismo y modernismo sin necesidad de paraísos artificiales; una vez más, su estímulo proviene de Zorrilla y de aquella su literaria «dosis del hachich del sultán de Constantinopla[...] que no obliga a pensar en las unidades clásicas, ni en los anacronismos históricos [y que] no obliga a convertir la diversión en estudio» (II, 1988). Desde sus comienzos como escritor, Valle sostuvo que la posibilidad de educar al público “es la misión del artista” (*cit.* por D. Dougherty, *o. c.*, p. 72). R. P. Sebold consignó que Zorrilla es “el primer poeta español en tratar el tópico de la misión” del artista (“Larra y la misión de Zorrilla”, *The American Hispanist*, III, 26, 1978, pp. 7-12). El dolido sentimiento de decadencia española y el de una necesaria regeneración, ahormada en «lo que ha dado en llamarse espíritu nacional» (II, 2069), encuentran su fulcro en la obra de Zorrilla. Los que serían apellidados noventayochistas y, más que nadie, Valle se asomaron a ella como quien mira «las figuras móviles de una linterna mágica». Puede verse mi “Zorrilla, una voz lanzada en el espacio”, *Hibris*, 41, 2007, pp. 38-49.

⁸¹ *ABC*, jueves 19 de mayo de 1910, p. 7.

res. Es la educación recibida en el Seminario de Nobles” (145). Valle entrega la clave de su tesoro: la lectura discursiva que modeló al joven Bradomín en el Real Seminario de Nobles de Madrid. Por si quedaba alguna duda, póngase en cuenta que, en un tiempo real parejo, el joven Zorrilla estudió en esa misma institución.⁸²

So capa de decadente marqués, Valle se vuelve criptobiógrafo de un autor muy alejado ya de las ensoñadoras cumbres románticas; de un moderno y modélico Zorrilla cuya mirada había ya oteado los campos parnasianos, simbolistas e incluso esperpénticos. Literatura, palimpsesto. Y sin que haya que desnudar a un santo para vestir a otro; tan sólo, desenredar los entrecruzados hilos que saltan a los ojos cuando se lee de seguida a tan preclaros escritores españoles. Tal vez sea que —en voz de Zorrilla— «el verdadero genio avasalla siempre a su siglo, y cuando el suyo no le comprende o no le hace justicia, la posteridad le vindica siempre»⁸³. Vuelto de Méjico y de tantas cosas, José Zorrilla tuvo plena conciencia de estar creando con la materia recordada de un tiempo que había sido enteramente suyo una innovadora prosa.⁸⁴ Y Valle Inclán, con su afinada pluma, lo atestigua.

⁸² Su padre, siendo ministro de Fernando VII, internó a Zorrilla en el elitista colegio regentado por los jesuitas. *Vid.* L. Fernández, *Zorrilla y el Real Seminario de Nobles (1827-1833)*, Valladolid, Casa Martín, 1945. De este periodo, hay notables páginas en los *Recuerdos del tiempo viejo*. «En aquel colegio comencé yo a tomar la mala costumbre de descuidar lo principal por cuidarme de lo accesorio; y negligente en los estudios serios[,] me apliqué al dibujo, a la esgrima y a las bellas letras, leyendo a escondidas a Walter Scott, a Fenimore Cooper y a Chateaubriand» (II, 1739). Precisa Zorrilla que, «terminada la guerra carlista con el convenio de Vergara, emigró mi padre[, que] fue el primer dignatario de la situación realista depuesto por la influencia liberal de la Reina Cristina» (II, 1753 y 1811).

⁸³ No lo dice de sí, sino de Guillermo Prieto (I, 1539). Para Zorrilla, Prieto era el «poeta mexicano de más inspiración y de vuelo más vigoroso[.]; a veces sublime, a veces rastrero». Fue autor prolífico, con «la inspiración excéntrica y el genio medio salvaje»; cristiano, anticlerical y esperpéntico mejicanista. Entre sus obras más celebradas, *Memorias de mis tiempos*. A Prieto —el compadrito *Fidel*, su pseudónimo periodístico—, le dedicó Zorrilla un texto que iba a incluir en un apéndice de *La flor de los recuerdos*; no llegó a publicarse y su manuscrito, hoy en paradero ignoto, quedó en su querida hacienda mejicana.

⁸⁴ La estimó como «una prosa que debía inmortalizarme» (I, 2058. En la *remesa* cit. en nota 70).